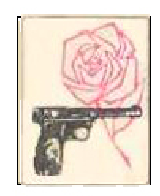


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Nueva promoción de espías

En la Central de la CIA, altos cargos de la misma invitan a Brigitte a champaña. Saben que Baby está muy enfadada con ellos, por lo que desconfía de sus intenciones. Y, por supuesto, acierta: Quieren que vaya a Europa a ejecutar a un personaje muy importante de la propia CIA que, piensan, se ha convertido en un traidor. Pero, aunque las pruebas de la traición parecen irrefutables, la agente Baby tiene su propia opinión al respecto, y sale para Europa con la mente abierta a cualquier cosa. Aunque es difícil asimilar lo que se va a encontrar allí.



Lou Carrigan

Nueva promoción de espías

Brigitte en acción - 292

ePub r1.0

Titivillus 22.06.2018


PROYECTO SCRIPTORIUM * EX-LIBRIS

Brigitte
EN ACCION



1

—Siéntese, por favor, agente Baby.

—Gracias.

Brigitte Montfort, la mundialmente famosa periodista contratada en exclusiva por el diario *Morning News* neoyorquino, se sentó en la confortable butaca que había sido instalada en el gran salón del Consejo de la CIA, frente a la larga mesa curvada en la que, como tantas otras veces, los más altos consejeros de este organismo de espionaje ocupaban sus asientos, sumidos en la penumbra de una hábil iluminación, que les permitía a ellos ver a Brigitte, pero no le permitía a esta verlos a ellos.

No importaba.

Los conocía muy bien a todos, y, en el fondo, estaba ya cansada, o mejor dicho, aburrida de estas formalidades de discreción, que le resultaba absurda, pues si alguien había en el mundo que pudiese informar sobre las más sucias interioridades de la CIA ese alguien era precisamente Brigitte Montfort.

Es decir, la agente Baby, la secretísima espía norteamericana que tantos años llevaba ya en la palestra del más sórdido, terrible y repugnante espionaje mundial. Había pocas cosas que ella no conociera de la CIA. Y esas pocas cosas que no conocía, era capaz de adivinarlas, o, cuando menos, intuirlas sin el menor esfuerzo. Eran ya muchos disgustos y decepciones los que había sufrido Brigitte Montfort. Tantos, que había estado tentada de no acudir a la llamada del Consejo Central.

Pero, por experiencia, sabía que siempre que el Consejo y ella entraban en contacto era porque algo importante había sucedido, estaba sucediendo, o iba a suceder. Y como siempre, en tan importantes circunstancias, la CIA recurría a su mejor agente.

Junto a Brigitte, en esta ocasión, había una pequeña mesita sobre la que se veía un cubo de plata con una botella de champaña.

Naturalmente, de Dom Perignon: la CIA conocía muy bien sus gustos. Además del champaña y una copa, había una carpeta conteniendo algunos papeles, cigarrillos, cerillas, y una pequeña pantalla que, por el momento, permanecía apagada.

El silencio, denso, fue roto de nuevo por la voz del presidente del Consejo Central:

—Nos sentiríamos honrados si aceptase una copa de champaña.

—No, gracias. Podría estar envenenado.

—Vamos, vamos… Sabemos muy bien que está profundamente disgustada con nosotros, y aceptamos esa actitud. Pero no nos considere tan torpes como para querer asesinar a nuestro mejor elemento mundial.

—Yo no soy un *elemento*: soy una persona.

—Nos atrevemos a rogarle —intervino otra voz— que prescinda de su animosidad hacia nosotros. El asunto que vamos a tratar es muy grave, y tenemos la certeza de que usted será la persona más interesada en resolverlo.

—¿Por qué?

—Porque si el asunto no se resuelve, y pronto, podrían morir agentes nuestros en Europa… Y en gran cantidad. Le estoy diciendo claramente que podrían morir muchos de sus queridos «Simones».

Brigitte asintió gravemente, se sirvió una copa de champaña y lo saboreó despaciosamente. Perfecto. Estuvo a punto de encender un cigarrillo, pero desistió: era una tontería estropear el gusto del champaña…

—En la mesita hay una carpeta que contiene resúmenes de ciertos informes de altísimo secreto. ¿Será tan amable de echarles un vistazo? No tenemos prisa.

La divina espía dejó la copa, tomó la carpeta, sacó unos papeles, y tras encender la pequeña pantalla los fue examinando, sin prisas y sin pausas. Cada uno de aquellos hombres sabía que la señorita Montfort, más que leer, estaba «fotografiando» los textos, que jamás serían ya olvidados.

Por fin, Brigitte colocó de nuevo los documentos en la carpeta, dejó esta sobre la mesa, apagó la luz, y tomó de nuevo la copa de champaña. Tras beber un sorbito, murmuró:

—Son informes de altísimo nivel, todos ellos referentes a nuestros sistemas de trabajo en Europa, incluida Rusia.

Francamente, no veo qué necesidad tenía yo de enterarme de todas esas cosas.

—Bueno… Hemos pensado que si los rusos se han enterado, ya no importaba que también se enterase usted.

Brigitte quedó con la copa en alto, mirando de una a otra silueta masculina inclinadas sobre la larga mesa.

—¿Me están diciendo que los rusos están al corriente del contenido de estos documentos, es decir, de nuestros sistemas de trabajo de última hora en Europa y Rusia?

—Efectivamente.

—¿Y cómo se han enterado los rusos de todo esto?

—Interesante pregunta.

—¿Soy yo quien tiene que averiguarlo?

—Ese es nuestro ruego. Sin embargo, en esta ocasión, podemos facilitarle una… dolorosa pista.

—¿Dolorosa? ¿Qué quieren decir?

—Si los rusos se hubiesen enterado solamente de parte de esas disposiciones y tácticas nuestras que usted acaba de leer, pensaríamos que, como en otras ocasiones, algún pequeño traidor estaba jugando a ser agente doble. Eso es corriente, vulgar. Y claro está, conociendo cuál era la información concreta que habría llegado a poder de los rusos, podríamos rastrear al traidor. Casi rutina, usted lo sabe muy bien. Pero los rusos no están enterados solamente de una de esas informaciones, sino *de todo el conjunto*. Poseen informaciones de nuestros servicios en Praga, en Berlín, en Londres, en Roma, en París… Digamos que han sido puestos al corriente de *todo nuestro sistema*.

—Lo que significaría que la MVD habría hecho una gran captación de agentes nuestros, de jefes locales de todas esas ciudades en Europa. Es decir, un soborno en masa.

—Sí.

—Francamente, no me parece probable.

—A nosotros tampoco. Así que últimamente enviamos una serie de datos a determinado agente nuestro. Solamente a él. Cuarenta y ocho horas más tarde, estamos seguros de ello, el espionaje soviético poseía ya esa información.

—Muy astuto. Eso significa que tenemos al traidor localizado.

—Parece evidente.

—¿No están seguros, pese a su estratagema?

—No, no estamos seguros… Mejor dicho: nos resistimos a admitir la traición de ese personaje. Por eso, hemos pensado que usted podría… proporcionarnos la total confirmación. Estamos seguros de que, considerando el riesgo que corren más de cien agentes de importancia en toda Europa e incluso en la misma Rusia, usted no se negará a intervenir.

—Desde luego que no. No me gusta la idea de que cien de mis Simones estén a merced de los rusos. Así que partiré inmediatamente hacia Europa, para solucionar ese problema de modo definitivo… ¿Quién es el traidor?

—¿Podemos entender que está dispuesta a eliminarlo?

—Lo mataré, sin lugar a dudas. ¿Quién es?

—«Europa»[1].

Brigitte quedó como petrificada, muy abiertos sus ojos. De pronto, se echó a reír.

—¡No digan tonterías! —exclamó.

—Estamos seguros de que no son tonterías.

—Vamos… Hace muchos años que conozco a «Europa». Ustedes saben muy bien que fue el hombre encargado de dirigir todo el plan en el que Número Uno debía ser sacrificado. Le conocí en esa misión, y a partir de entonces, jamás hemos simpatizado. Pero eso es en el terreno estrictamente personal. En el profesional, todos sabernos que Europa es uno de los mejores hombres con que cuenta la CIA en todo el mundo y eso no van a discutírmelo. Su lealtad, su dedicación en cuerpo y alma a la CIA, está fuera de toda duda. No pienso aceptar las sospechas de ustedes en ese sentido. Como persona, detesto a Europa. Como espía, merece todos mis respetos. Ahora bien, si resulta que Europa, por lo que sea, ha caído en desgracia aquí, arréglenselas ustedes como quieran, pero no cuenten conmigo para involucrarme en una de sus sucias jugadas. Ignoro por qué quieren eliminarlo, pero sé muy bien que no seré yo el brazo ejecutor. Caballeros: gracias por el champaña.

Se puso en pie, dispuesta a marcharse…

—Puesto que sabemos muy bien que usted y Europa se tienen una recíproca antipatía, habíamos pensado que aceptaría el trabajo.

—No pienso hacerlo.

—Como guste. Ya buscaremos el modo de garantizar la

seguridad de esos cien Simones. Gracias por haber venido, agente Baby.

Brigitte asintió, recogió su bolsito, y se dirigió hacia la puerta del gran salón. Pero sus pasos resultaban cada vez más lentos… Y por fin, se detuvo, vacilante.

—¿No cabe la posibilidad de que esos informes se hayan filtrado a los rusos por otros conductos? —murmuró.

—No.

—¿Qué podría haber inducido a Europa a traicionar a la CIA después de tantos años de fidelidad?

—Su pregunta resulta muy ingenua para una espía de su categoría, Baby. ¿Por qué supone que *realmente* Europa ha sido fiel durante todos estos años?

—¿Están ustedes sugiriendo que quizás Europa ha sido un traidor desde el principio…, y que finalmente ha cometido un fallo que lo ha delatado? ¿Están sugiriendo que durante todos estos años Europa ha estado trabajando como agente doble para los rusos…, y que ahí podría estar la clave de muchos fracasos y dificultades? ¿Están sugiriendo eso?

Recibió el silencio por respuesta. En la penumbra del gran salón, destacaba la palidez del rostro de Brigitte Montfort, y sus grandiosos ojos, muy abiertos. Y su esbelta y bellísima silueta.

—Ustedes están locos —susurró.

Silencio total.

Por la mente de la espía más peligrosa y astuta del mundo pasaron, en un segundo, cientos de cosas sucedidas en todos aquellos años de espionaje.

Había conocido hombres y mujeres de toda clase, había vivido situaciones que ahora, al recordarlas, le parecían imposibles, irreales, increíbles: mentiras, asesinatos, traiciones, todo formando una gran mancha multicolor en el revuelto mundo del espionaje. Un mundo en el que todo, absolutamente todo, podía suceder en cualquier momento.

—No puedo creer eso de Europa —murmuró—… Pero partiré inmediatamente hacia el viejo continente. ¿Conoce él las sospechas de la Central sobre su fidelidad?

—Claro que no. Pero sería peligroso olvidar que Europa no es ni ha sido nunca tonto. Han ocurrido cosas sorprendentes, y él sabe

que han ocurrido. Es inevitable que se haya puesto a pensar sobre el asunto…, pero ignoramos a qué conclusiones ha podido llegar. Tenemos la esperanza de que usted lo averigüe.

Brigitte sonrió secamente. ¿Averiguar lo que pensaba un profesional del espionaje como Europa? Era como querer averiguar qué pensaba una piedra.

De todos cuantos hombres de mente retorcida hubiesen en el mundo, posiblemente Europa era uno de los más destacados. Era un hombre todo ficción, todo mentira, todo espionaje. Después de tantos años de esta clase de vida, se había convertido en un ser frío cuyos pensamientos y reacciones tenían que resultar del todo imprevisibles, aparte de inescrutables. Contemplar a Europa era algo así como contemplar una víbora tomando el sol: podía estar aletargada, cambiando la piel, o podía estar lista para pasar al ataque fulminante.

—Haré lo posible. ¿Dónde puedo encontrarlo en estas fechas?

—Los últimos informes lo sitúan en Londres, donde precisamente tiene su base central de operaciones… ¿Le avisamos de su llegada?

Brigitte Montfort quedó pensativa unos segundos, antes de mover negativamente la cabeza.

—No… Yo haré el contacto a mi manera.

—De acuerdo. Estamos seguros de que… Perdone un momento, por favor. Sobre la gran mesa del Consejo había comenzado a parpadear una pequeña luz roja instalada en el intercomunicador. El presidente del Consejo admitió la llamada, pero atendiéndola con el auricular supletorio. Pareció quedarse petrificado al escuchar el mensaje que nadie más que él pudo oír. Dijo «enterado» y cortó la comunicación.

—Fantástico —dijo, con tono incrédulo, y, por encima de todo desconcertado—… ¡No se lo va a creer usted, Baby!

—¿De qué se trata?

—Acaba de llegar un mensaje a nuestro centro receptor: el mensaje dice que Europa, nuestro jefe de servicios en el continente europeo, solicita la presencia de Baby en su base de Londres.

El estupor cundió visiblemente en todo el grupo de consejeros. Y en principio, también en la propia Brigitte Montfort. Pero acto seguido, los ojos de esta se entornaron, sus pupilas parecieron

congelarse, fijas, como clavadas en la silueta del presidente. En sus tiernos labios sonrosados apareció una dura mueca, un gesto seco.

—Verdaderamente —dijo con voz gélida—, no puedo creerlo.

—Pues es la verdad. ¡Acaban de…!

—Ya sé, ya sé. Y me parece fantástico, desde luego.

—Bien… ¡La verdad, no sé qué decir!

—Yo sí —la voz de Baby parecía de hielo—: avisen a Europa de mi inminente llegada al aeropuerto de Heathrow. Espero que tenga la amabilidad de enviar allí a algún Simón a recogerme.

—Claro que lo hará… ¡Es fantástico esto!

—Muy fantástico —asintió la espía más peligrosa del mundo, reanudando la marcha hacia la puerta—… Hasta la vista, caballeros.

2

En el aeropuerto londinense de Heathrow un agente de la CIA estaba esperando a la agente Baby, en efecto; un Simón, que no tuvo la menor dificultad en identificarla puesto que, como todos los espías norteamericanos distribuidos en todo el mundo, conocía perfectamente sus señas: cuando viesen a la más hermosa pasajera del vuelo en cuestión, esa sería Baby.

Y cuando el espía vio a la pasajera de los grandiosos y bellísimos ojos azules, cuerpo escultural y natural elegancia, no podía tener duda alguna. Por si fuera poco, en la mano izquierda de aquella pasajera vio el maletín rojo con florecillas azules estampadas. Y sobre todo, aquella especie de luz de inteligencia en los ojos, aquella mirada clara y noble que parecía verlo todo.

—Soy Simón —dijo, tras acercarse a ella—. Espero que haya tenido buen viaje.

—Así es. Gracias, Simón.

—Permítame su maleta… ¿Solo tiene esta?

—Solo esta. No vengo a participar en festejos, ¿verdad?

—No —murmuró Simón—… Temo que no. Dudo que la ocasión sea propicia para andar por ahí luciendo modelos elegantes. Aunque en nuestro trabajo, nunca se sabe.

—En efecto, nunca se sabe.

—¿Vamos al coche? El jefe está impaciente por verla.

Brigitte Montfort asintió. Poco después, estaban en el coche de Simón, que colocó la maleta en el asiento de atrás y pasó al volante. Segundos más tarde, se alejaban del aeropuerto.

—¿Qué es lo que está ocurriendo? —preguntó de pronto Baby.

—Pese a que tengo órdenes del jefe de no hablar de esto con usted, si usted lo desea se lo digo todo. Pero, realmente, pienso que sería mejor que hablase directamente con el señor Europa.

—De acuerdo.

Por el camino hablaron de cosas sin importancia. Simón era sin duda alguna uno de los mejores agentes volantes europeos, puesto que estaba al servicio directo de Europa, y, lógicamente, debía de ser uno de los espías más peligrosos del viejo continente. Sin embargo, durante el viaje, resultó un compañero simpático, que reía casi infantilmente los chispeantes comentarios de la espía internacional. Así eran los espías en muchas ocasiones, cuando se relajaban, y Brigitte lo había comprobado. Cuando hacían algo que no requería la tensión habitual, parecían convertirse en niños, recuperar recuerdos de risas que normalmente habían quedado ya olvidados, o mejor, sepultados bajo capas de tensiones, miedos, angustias, decepciones, remordimientos… Era bueno alzar de cuando en cuando esas capas para dejar escapar una risa sincera, que se convertía en un pequeño lavado de cerebro. Lavado que, por desgracia, no tenía mucha duración. Muy pronto, la realidad de su trabajo volvía a ahogar las risas, a sepultarlas muy hondo…

Debían de ser las cinco de la tarde cuando finalmente Simón detuvo el coche frente a una casita de una sola planta, rodeada de un minúsculo jardín, sita en lo más alejado del suburbio norte de Londres. El espía se apresuró a saltar del coche, para correr a abrirle la portezuela a Brigitte, que ya la había abierto, y señaló hacia la maleta. Simón se hizo cargo de esta, y fueron juntos hacia el porche. La puerta de la casita se abrió antes de que hubieran llegado, y otro agente de la CIA se quedó mirando con maravillada sonrisa a «la niña mimada de la CIA», que pasó por su lado guiñándole simpáticamente un ojo.

Europa apareció en el umbral de una puerta que daba al pequeño recibidor, hizo un gesto de saludo, y, un tanto vacilante, como si temiese que Brigitte no la aceptase, le tendió la mano.

—¿Ha tenido buen viaje? —murmuró.

—Sí, gracias —aceptó Brigitte la mano del jefe del espionaje norteamericano en Europa.

Una mano que encontró fría y fina. No repulsiva. Solo fría, fina, seca, más pequeña e incluso más cuidada que las suyas. Manos no productoras, manos que nunca hacían nada. Ciertamente, tampoco podía decirse que las manos de Brigitte Montfort revelasen un trabajo duro, pero se veía que eran manos que «hacían algo»; por ejemplo, y pese a que sin la menor duda eran manos bellísimas y

cuidadas, un observador perspicaz habría observado que los dedos meñiques de la señorita Montfort tenían una ligerísima deformación hacia dentro. Lo que nunca habría podido adivinar ese observador, por perspicaz que fuese, era que esa leve anomalía se debía a la práctica del judo, a las miles y miles de veces que Brigitte asía la ropa de su oponente fuertemente, retorciéndola, haciendo fuerte presa en ella. Incluso los nudillos, tan delicados a primera vista, mostraban una cierta dureza, debido a la práctica del karate. Y en ocasiones, alguna uña se deterioraba, debido a pequeños fallos de pulsación en la máquina de escribir…

Las manos de Europa parecían no evolucionadas, no utilizadas. Parecían manos de estatua, que así habían sido hechas y así habían quedado. Menudo, ligeramente grueso, delicado, suave, de aspecto anodino, Europa era por antonomasia el hombre que jamás llamaba la atención a nadie en parte alguna. Era el espía perfecto, de cuerpo estrictamente funcional, sin relieve alguno. Toda la personalidad y potencia de Europa estaba en el cerebro…, y el cerebro, ciertamente, nadie podía verlo.

¿Cuántos años tenía? ¿Cincuenta, sesenta, setenta…?

—¿Aceptaría un té? —Invitó Europa.

—Sí, gracias.

Dentro del saloncito había otro hombre, que miró sonriente a Brigitte, la cual le devolvió la sonrisa.

Recordaba perfectamente a este hombre: Simón-Londres. Hacía apenas medio año que habían estado en contacto, cuando el asunto de la asamblea mortal[2], pero, sin duda, lo habría recordado igual aunque hubiese hecho cien años que no lo hubiese visto.

—¿Qué tal? —saludó amablemente Simón-Londres.

—Hola, Simón. Me alegro de verle. Está muy guapo… Todos están muy guapos.

Los tres hombres de la CIA rieron. Europa se limitó a sonreír ceñudamente, lo que no sorprendió a Brigitte. Se conocían muy bien, pese a que sus contactos eran esporádicos, espaciados. Se conocían todo lo bien que pueden llegar a conocerse dos cerebros de primera categoría. Ambos sabían muy bien a qué atenerse con respecto al otro. No simpatizaban en lo personal, pero profesionalmente se respetaban.

Europa llevó su amabilidad al extremo de servir personalmente

el té a la recién llegada, que le contemplaba con una cierta ironía sonriente.

—¿Leche o limón? —preguntó Europa.

—Un chorrito de *whisky*.

Europa quedó desconcertado, y los otros tres volvieron a reír quedamente. Simón-Londres fue al mueble-bar, sacó una botella de *whisky* escocés, y echó un chorrito en la taza de Brigitte, mientras esta encendía un cigarrillo en la llama del encendedor de otro Simón…

—Supongo —dijo Europa— que Simón ya le ha explicado a usted, durante el viaje desde el aeropuerto aquí, qué es lo que sucede.

—Se lo pregunté —contestó Brigitte—, pero me dijo que preferiría usted hacerlo, y naturalmente, no insistí.

—Ah… Bien. Muy cortés por su parte.

—Solamente considerada con Simón. Bueno, señor Europa, ni usted ni yo somos de los que pierden el tiempo, ¿verdad?

—No. Supongo que está… cuando menos sorprendida de que yo haya reclamado su presencia.

—Un poco, lo admito.

—Sí, es lógico. Mmm… ¿Cómo está… *él*?

Brigitte endureció un instante el gesto. Luego, casi sonrió.

—Número Uno está perfectamente, gracias. No hace mucho nos hemos tomado unas vacaciones en América Central que le han sentado muy bien. Y a mí.

—Viajan ustedes mucho, al parecer. La última vez que les vi fue en España, en aquel asunto localizado en Bagur, referente a la emisora que tenemos en la playa… Aquel asunto de Radio Liberty fue resuelto muy hábilmente por ustedes.

Brigitte se quedó mirándolo con suma amabilidad a través del humo del cigarrillo.

—Uno y yo siempre resolvemos las cosas con habilidad. Usted sabe que esa es nuestra principal característica. Señor Europa: ¿por qué ha solicitado mi presencia en Europa?

—En realidad, no soy yo quien ha pedido su presencia.

—¿No? —Se sorprendió realmente Brigitte—. ¿Quién, entonces?

Europa sacó un sobre de un bolsillo interior, y lo tendió a Brigitte. Esta lo tomó, sacó las fotografías que contenía, y las fue

mirando de una en una. Había nueve en total. En todas ellas aparecía un hombre, y en tres, también una mujer, con ese hombre. El hombre debía de tener unos treinta y cinco años, era atractivo, de expresión simpática, atlético, fuerte, de largos cabellos oscuros. La mujer era una rubita preciosa, de grandes ojos y boquita de gesto dulce, que en las tres fotografías aparecía abrazada a un brazo del hombre, en dos de ellas riendo simpáticamente. Una pareja encantadora.

—¿Quiénes son? —preguntó Brigitte, devolviendo el sobre.

—Él es un Simón. Dadas las circunstancias, puedo decirle su nombre: Lamont Todd. Ella, según todas nuestras averiguaciones, se llama Emma Waldon. Es británica. Tenemos todo su historial, que podemos mostrarle cuando usted quiera.

—Evidentemente, la señorita Emma Waldon ha hecho una gran… amistad con nuestro Lamont Todd. ¿Ella trabaja para algún servicio secreto, quizás?

—No. Está limpia. Es, simplemente, una muchacha independiente sin antecedentes de ninguna clase. Trabaja en unas oficinas de una empresa de exportación de material electrónico. Naturalmente, considerando sus relaciones con Lamont, la hemos investigado remontándonos dos generaciones, pero no… ¿Ocurre algo?

—No —sonrió Brigitte—. Solo que me resulta gracioso que para saber si una muchacha se dedica al espionaje, investiguemos a sus abuelos. ¿Cree que una investigación sobre mis abuelos daría algún resultado positivo?

Los tres Simones sonrieron disimuladamente, mientras una vez más Europa fruncía el ceño.

—Tenemos nuestros sistemas…, y los utilizamos —dijo un tanto secamente—. El hecho es que, según todas las apariencias, Emma Waldon está limpia.

—Me alegro por ella. ¿Y qué pasa con Simón?

—Ha desaparecido.

Brigitte palideció ligeramente.

—¿Quiere decir que debemos temer que lo hayan matado?

—Oh, no. No, no… Está vivo, lo sabemos con seguridad. Pero escondido. Solamente quiere tener contacto con usted. Por eso he solicitado su presencia.

Brigitte bebió un sorbito de té, y musitó:

—¿Lamont Todd está en contacto con ustedes por medio de su radio de bolsillo?

—Sí. En determinado momento, escapó, se escondió, y desde entonces insiste en que solamente se entrevistará con usted. Va llamando por la radio periódicamente, preguntando si usted ha llegado.

—¿Y qué es lo que quiere de mí?

—Lo ignoramos.

Brigitte bajó la mirada hacia sus zapatos, de modo que sus párpados y sus largas pestañas ocultasen sus pupilas a Europa.

—¿Y por qué supone usted que Simón-Lamont ha hecho una cosa así?

—Bien… Quizá se asustó.

—¿Se asustó? ¿De qué, por qué?

Europa se pasó las manos por los ojos, por las mejillas… De pronto, parecía cansado, deprimido.

—Supongo que se dio cuenta de que yo lo estaba… vigilando, poniendo a prueba.

—¿Y por qué hacía usted eso? ¿Desconfiaba de él?

—Sí.

—¿Por qué? —murmuró la divina espía, siempre con la mirada baja.

—Últimamente están sucediendo en Europa cosas… extrañas. Tenemos constancia de que los rusos están al corriente de casi todas nuestras últimas disposiciones estratégicas en la red continental. Un análisis de ciertos hechos, así lo ha demostrado. Lo más alarmante del caso es que saben cosas que solamente conoce mi Grupo de Mando. Pero ni siquiera mi Grupo de Mando conoce todas las cosas.

Brigitte miró directamente a Europa.

—¿Quién conoce *todas* las cosas? Europa frunció el ceño.

—Yo. Mis colaboradores más directos también lo conocen casi todo, lógicamente, ya que un hombre solo no puede dirigir un continente: necesita personal auxiliar de absoluta confianza.

—¿Y Lamont Todd era uno de sus auxiliares de confianza?

—Por supuesto.

—¿Pero ya no lo es?

—Ciertos detalles, largos de explicar, me hicieron desconfiar de

él. Según mis análisis, que naturalmente efectué con el máximo cuidado y objetividad, Lamont podía ser la… fisura por la que escapaba información al espionaje ruso. Al principio, pensé que podía ser cualquiera, pero luego me dije que solo podía ser Lamont. Y ello, porque es el único en cuya vida ha habido novedades en los últimos meses… Me refiero a esa muchacha, Emma Waldon. Aunque ella está limpia, lo cierto es que su… amistad con Lamont es la única novedad registrada en mi grupo. Todo lo demás sigue igual, así que lógicamente, me fijé en Lamont Ya sé —añadió rápidamente— que un agente secreto de la categoría de Lamont está capacitado para tener relaciones con mujeres sin que ocurra nada. Es lógico que a nosotros también nos gusten las chicas, y sé que todos mis hombres tienen sus asuntillos. Me parece bien, y además, siempre he confiado en mi personal directo. Sin embargo, lo cierto es que hasta ahora no había ocurrido nada. En cambio, a partir del momento en que Lamont comenzó a verse con Emma Waldon, las cosas se complicaron.

—¿Está seguro de que fue a partir de ese momento?

—Bueno… Seguro completamente, no. Pero las fechas son aproximadas. El hecho cierto es que hay una fuga de información en mi grupo, que comencé a poner a prueba a Lamont…, y que entonces, él desapareció. Para hablar más claramente, yo diría que escapó. No es tonto, eso es obvio, así que debió de darse cuenta de mi desconfianza.

—Parece que todo tiene sentido…, menos una cosa: ¿para qué quiere Lamont Todd entrevistarse conmigo, si es un traidor?

—No tengo la menor idea. Lo único que se me ocurre es que quiera redondear su traición a la CIA sirviéndoles en bandeja a los rusos la cabeza de la agente Baby.

—Factible —asintió Brigitte, muy tranquila—. En cuyo caso, si todo es una trampa para mí, en estos momentos los rusos deben de saber que he llegado, y dónde estoy. Y cómo soy. Sería lógico que Todd les hubiese dicho que usted tiene aquí, en este chalé, su cuartel general.

—Este no es mi cuartel general. Ha sido habilitado solo para esta situación, teniendo en cuenta las circunstancias.

—Pero quizás ahora ya esté localizado, si alguien nos ha seguido a Simón y a mí desde el aeropuerto. No olvide que Lamont Todd

conoce a Simón —señaló al agente que la había esperado en el aeropuerto.

—Han sido tomadas las precauciones adecuadas —sonrió Europa —… Detrás de ustedes han llevado dos coches con agentes de la CIA encargados de detectar a posibles seguidores… y persuadirles de que dejasen de hacerlo. Aquí estamos seguros, no tema.

—Me quita un gran peso de encima, señor Europa. Bien… En resumen, tenemos a un posible traidor de gran envergadura que está facilitando a los rusos información nada menos que de los sistemas de la CIA en Europa.

—Así lo indican todas las evidencias. Por supuesto, nosotros estamos capacitados para hacer frente al problema, y así lo haremos, pero Lamont insiste en entrevistarse con usted y en no querer saber nada con nosotros, con el Grupo. Así que pensé que mientras nosotros hacemos nuestro trabajo adecuado, usted quizás aceptaría contactar de un modo u otro con Lamont Todd.

—¿Solamente me ha hecho venir a Europa por eso?

—Lamont es un Simón —la miró con cierta ironía Europa—, de modo que decida usted si quiere entrevistarse con él o no. Por nuestra parte, sabemos muy bien lo que tenemos que hacer. Lo estamos buscando, y puede estar segura de que acabaremos encontrándolo… Y no tardando mucho.

—¿Y qué harán cuando lo encuentren?

—Eso depende de él. Según yo creo, Lamont solo tiene dos caminos: aceptar conferenciar conmigo… o escapar de la orden de muerte que he impartido si se niega a presentarse ante mí.

—Entiendo. Y entiendo también que ninguno de esos dos caminos le gusta a Lamont Todd, puesto que ha elegido un tercer camino: una entrevista conmigo. ¿Qué le sugiere a usted esto, Europa?

—Ya se lo he dicho: es posible que Lamont piense redondear sus servicios a los rusos entregándoles a la agente Baby. Luego, debe de tener pensado saltar a Rusia, fuera de nuestro alcance. Ilusiones vanas, desde luego: incluso en Rusia podemos cazarlo.

—Según yo entiendo, a usted no le parecería prudente por mi parte aceptar esa entrevista con Lamont Todd.

—Sería una locura.

—Entonces…, ¿por qué me ha avisado?

Europa frunció el ceño, y quedó pensativo, fija su mirada en la vacía taza de té. Estuvo así más de medio minuto. Por fin, alzó la mirada hacia Brigitte.

—La experiencia me ha demostrado —musitó— que trabajar con usted es algo así como hacer una especie de pacto con los ángeles… No sé cómo se las arregla, pero todo le sale bien. Y a mí me gustaría que todo esto terminase bien.

—¿A qué se refiere?

—A Lamont. —Brigitte creyó ver una dolorosa crispación en lo finos labios de Europa—… ¡Por Dios, me gustaría que ese muchacho tuviese una explicación razonable para lo que ha hecho! Y si esa explicación solamente me puede llegar vía Baby, sea usted bien venida.

Brigitte Baby Montfort parpadeó repetidamente. Estaba estupefacta en verdad.

—Señor Europa: ¿puedo interpretar que usted… siente aprecio por Lamont Todd? ¿Aprecio personal?

—Interprete lo que quiera —masculló Europa.

—Asombroso… Eso podría significar que, a fin de cuentas, es usted un ser humano… Pasmoso. Bien: ¿cómo debo ponerme en contacto con Lamont Todd?

—Él llamará —gruñó Europa—… Lo está haciendo periódicamente, preguntando por usted, desde que informó que solo con usted aceptaría el contacto.

Brigitte asintió. Tomó su maletín, sacó la radio de bolsillo y cambió la disposición de las placas determinantes de la onda, colocando la de las Islas Británicas. Dejó la radio sobre una mesita, reflexionando unos segundos, y preguntó:

—¿Y la muchacha, esa Emma Waldon? Quizá podríamos encontrar a Lamont por medio de ella, ¿no?

—También ha desaparecido.

—Ah… Bien, esperaremos. Seguramente, están juntos.

—De eso no tenemos duda. Lo que me gustaría saber es qué están haciendo los dos.

Brigitte Montfort sonrió.

—A veces, señor Europa, es muy fácil imaginarse lo que pueden estar haciendo un hombre y una mujer… si realmente se aman.

3

—Lamont…, ¿me amas?

Lamont Todd deslizó una mano por un seno de Emma, que suspiró profundamente y cerró los ojos.

—Te lo he demostrado muchas veces, ¿no es así? —susurró el agente de la CIA—. Concretamente, esta tarde te lo he demostrado dos veces.

—¡Oh! —Abrió ella los ojos—. ¡Esa manera de demostrar amor es muy fácil para un hombre!

Todd la besó brevemente en los labios, y asintió, sonriendo.

—Quizá tengas razón —admitió—: es muy fácil amar aquello que nos proporciona placer, querida. O al menos, decir que amamos esa cosa.

—¿Yo soy una cosa? —rio ella.

—No —rio también Lamont—… Claro que no. Eres una persona, no hay duda.

—¿La persona que amas?

—Así es, Emma.

—Bueno… Tengo mis dudas al respecto, mi amor. Claro que tú podrías convencerme, disipar mis dudas.

—Dime cómo.

—Oh, pues amándome, claro está. Lo que quiero decir es que hay un dicho que dice… que dice que no hay dos sin tres.

—Santo cielo —pareció asustarse Lamont Todd—… ¿Me estás pidiendo otra vez…?

Emma Waldon no le dejó terminar. Le rodeó el cuello con los brazos, apretó contra él su cuerpo desnudo, y lo besó en los labios. Lamont Todd, agente de la CIA afecto al Grupo de Mando en Europa, tuvo una vez más aquella embriagadora sensación de perfume físico. Era como si el cuerpo de Emma desprendiera un dulce aroma cada vez que lo besaba.

Al principio de conocerla, y sobre todo la primera vez que se acostaron juntos, el agente de la CIA lo había hecho con ciertas reservas y una buena dosis de ironía. Por supuesto, no iba a hacerle ascos a una muchacha tan bonita como Emma. Tenía un cuerpo precioso, una piel fina, tersa y densa, de tacto delicioso. Además, al contrario de muchas otras mujeres que Lamont había conocido, era muy fácil llevar a Emma al clímax. La primera vez, a Lamont le había parecido que ella fingía. Incluso la segunda, y la tercera… Se habían conocido de modo en verdad casual en una cafetería, en el centro de Londres. Él había percibido aquella sensación de saberse mirado fijamente, y pronto vio los grandes ojos grises fijos en él. En cuanto miró a Emma, ella bajó la mirada, y pareció sofocarse. Lamont Todd, aunque joven físicamente, era un lobo viejo en su profesión, y, como suele decirse, se las sabía todas. Por eso, no se sorprendió demasiado cuando, al iniciar el acercamiento a Emma, ella lo había aceptado. Todavía se utilizaba el viejo sistema de poner en la cama de un agente secreto una linda muchacha que le sonsacaba todo lo que podía sobre su trabajo, y por eso, cuando sin grandes dificultades, Lamont llevó a su apartamento a Emma Waldon, se sentía entre divertido e irritado. ¿Tan tonto le creían?

Sin embargo, tardó muy poco en darse cuenta de que Emma le besaba de verdad. Tardó muy poco en percibir aquel aroma de piel y aliento que se entregaba auténticamente. Se puede fingir sonrisas, y suspiros, y hasta orgasmos… Pero no se puede fingir la reacción vibrante de un cuerpo, y así, Lamont Todd pronto se dio cuenta de que, cuando él besaba a Emma, y la acariciaba, sus senos se erguían, palpitantes, parecían henchirse de suspiros que no llegaban a brotar de la tierna boca; su rostro se sonrojaba, los labios parecían enternecerse aún más. Y cuando ella se abrazaba a su cuello, desnuda, y recibía su virilidad, había en su cuerpo un estremecimiento lento y dulce que se transmitía al cuerpo de Lamont Todd, el espía. Y la piel y el aliento de Emma se convertían en un perfume que lo envolvía… Como en aquel momento.

Era todo tan hermoso que Lamont hacía ya semanas que había dejado de pensar que todo podía ser mentira. Imposible. Por eso, cuando los dos flotaban en el éxtasis de su amor, la mente de Lamont Todd quedaba en blanco completamente, absolutamente. Él sentía en sus brazos unas vibraciones de amor que le transmitía el

cuerpo de Emma, y nadie, nadie, podía engañarle en eso.

—Lamont —gemía ella—… Lamont, mi… mi vida…

Llegaron pronto al estallido final. Era como si una carne fuese a fundirse con la otra, como si el mundo y la vida fuesen a terminar en aquel estallido. Pero no terminaba… Después, ella suspiraba, se relajaba, y buscaba con su boca la de él, simplemente para sentirla, mientras pasaban los minutos en un dulce sopor de felicidad recién compartida.

No.

Ya no quedaban dudas de ninguna clase sobre la sinceridad del amor de Emma hacia él. Y no solo por sus relaciones físicas… Desde el primer momento, lógicamente, Lamont había temido que llegaría el instante en que Emma le preguntaría cosas. Así había ocurrido, por supuesto, pero siempre eran cosas personales, nunca nada que pudiese relacionarse ni remotamente con el espionaje. Emma había aceptado su explicación de que él era representante de una fábrica de productos químicos, y que su trabajo le obligaba a viajar con cierta frecuencia al continente. De cuando en cuando, le hacía preguntas sobre ese trabajo, a las que él daba respuestas por supuesto falsas, pero que eran aceptadas por ella. En realidad, el interés de Emma por la vida laboral de él era una muestra más de cariño, de querer compenetrarse. Nunca, jamás, en todos aquellos meses, había hecho ni una sola pregunta que pudiese preocupar, ni tan solo hacer desconfiar al agente de la CIA. Para Emma Waldon, él era un representante de productos químicos, y asunto concluido…

Emma apartó su boca de la de él, y musitó dulcemente:

—¿Estás cansado?

—Lo razonable —sonrió él, besándola en la nariz—… Lo que sí estoy es un poco preocupado por ti. Por tu empleo.

—Oh, ya te dije que no hay problema, mi amor. Desde luego, me resulta todo un poco extraño, pero… me gusta. Es como si los dos viviéramos solos en el mundo, desconocidos por todos.

—Quizá te hayan llamado por teléfono a tu apartamento, para alguna cuestión de trabajo…

—No. Tal como tú me indicaste, pedí parte de mis vacaciones anuales, y les dije que me iba a las islas Canarias, que me sentía deprimida y cansada. No hubo problemas —rio dulcemente—… Me

aprecian mucho en mi empresa. Seguro que todos están convencidos de que estoy tomando el sol en una playa de las Canarias.

—¿No has llamado a nadie por teléfono, no has visto a ninguno de tus compañeros…?

Emma se irguió sobre un codo. Un seno quedó frente al rostro de Lamont, que lo besó.

—Lamont, no sé qué cosa extraña estamos haciendo, pero ya te he dicho que me gusta. Estoy haciendo todo lo que tú me pides… Ya te digo que lo encuentro extraño, pero lo hago.

—Ni siquiera me has preguntado por qué lo hacemos, esto de permanecer… apartados de nuestros empleos, de todos aquellos que nos conocen. Hemos alquilado un apartamento, nos pasamos aquí prácticamente todo el día, no nos comunicamos con nadie… Tienes que haber comprendido perfectamente que yo me estoy escondiendo de algo.

—Sí —frunció el ceño Emma—… Eso me ha parecido. Y hasta he pensado que me has hecho venir a instalarme aquí contigo porque si me conocen las personas que te estén buscando, podrían encontrarte a ti si nos veíamos mientras yo hacía mi vida normal. Por eso, hemos… desaparecido los dos. ¿Es así?

—Sí.

—Está bien. ¿Quieres que te prepare algo para beber?

—¿No vas a preguntarme nada?

—¿Me darías una respuesta sincera? —rio ella.

—Por el momento, no.

—Así lo he comprendido. Pienso que llegará el momento en que podrás explicármelo todo, y entonces lo harás, si así lo deseas… Mientras tanto, por mí todo está bien. ¿Qué te parece si nos tomamos un *vodkorange*?

—De acuerdo —sonrió Lamont.

—Los prepararé —dijo ella, saltando de la cama.

Al hacerlo, sus hermosas formas vibraron elásticamente, sus senos parecieron flotar un instante. Lamont la miró mientras salía del dormitorio hacia la pequeña salita del apartamento que él había alquilado bajo nombre falso. Emma tenía un cuerpo tan hermoso que, a veces, a Lamont le parecía un sueño…

Un sueño.

Eso era lo que estaba viviendo él: un sueño. ¿Cómo podía tener la esperanza de que Baby aceptase entrevistarse con él?: Seguro que su petición había llegado a la Central, eso sí. Pero Baby debía haber recibido no poca información sobre lo sucedido, y no podía ser tan confiada de reunirse con un… Simón que había desertado, y que, lógicamente, debía de estar considerado como un traidor.

Sí, era un sueño pensar que Baby aceptaría la entrevista. Pero él debía insistir… Salió de la cama, fue a donde había dejado sus ropas, y sacó la pequeña radio de bolsillo. Llamaría de nuevo al señor Europa. No pensaba ceder, no pensaba darse por vencido de ninguna manera.

Apretó el pequeño botón de llamada.

Y en el acto, en el pequeño aparato sonó una voz femenina:

—¿Sí?

Lamont Todd casi respingó. Luego, lentamente, se pasó la lengua por los labios.

—¿Sí? —Insistió la misma voz—. ¿Quién llama?

—¿Baby? —susurró Todd.

—Sí. ¿Es usted, Simón? ¿El fugitivo?

—Sí… No me gusta esa apelación, pero sí, soy yo.

—Muy bien. ¿Dónde y cuándo nos vemos?

Lamont Todd notó un estremecimiento en todo el cuerpo.

—¿Está dispuesta a hacerlo? —exclamó.

—Naturalmente.

—Pero…, ¿no le han explicado nada sobre mí? ¿No sabe…?

—He recibido toda la información posible sobre el caso. Pero en esta entrevista nuestra solo pueden ocurrir dos cosas. Una, que usted juegue limpio, en cuyo caso, no habrá problemas. Dos, que esté maquinando algo peligroso para mí…, en cuyo caso, le sugiero que piense muy bien lo que hace antes de citarme. Espero su decisión.

—Mi decisión ya está tomada hace días: quiero verla.

—*Okay*. ¿Dónde y cuándo?

Lamont Todd se pasó una mano por la frente. Lo tenía previsto y pensado todo hacía días, pero la fría serenidad, el valor de aquella mujer, casi le asustaba. Ella tenía que saber que la cita podía ser una trampa, y sin embargo, aceptaba acudir a ella.

—Hay… hay un bar llamado The Lions en

Theobald's
Road, muy cerca de la Casa de Dickens. Si le parece bien, debería ir usted allá, y esperar mi llamada telefónica. Preguntaré por Sally. ¿Le parece bien?

—Estaré cerca del teléfono. Hasta luego, Simón.

—Hasta luego. Y gracias… ¿No se pregunta usted por qué la cito de este modo?

—La respuesta es obvia, Simón: usted quiere que nos comuniquemos por teléfono para que nadie más que yo sepa dónde hemos de encontrarnos cuando me lo diga en The Lions. Y usted espera de mí que, sin decírselo a nadie, y sin jugar sucio, esto es, sin llevar detrás de mí a otros Simones, yo acuda a la cita final, a solas, sin que nadie más esté cerca. ¿Correcto?

—Sí —casi tartamudeó Todd—… Correcto. ¿Acepta eso?

—Salgo ahora mismo hacia The Lions. Espero su llamada. ¿Algo más?

—No… No, por Dios… ¡Es suficiente!

—Hasta luego.

Fue Baby quien cortó la comunicación. Segundos más tarde, Lamont Todd cerraba su radio, y la deslizaba en el bolsillo. Cuando miró hacia la puerta del dormitorio, Emma estaba allí bellamente desnuda con un vaso en cada mano, conteniendo ambos vodka y jugo de naranja. El espía deslizó una mano hacia sus ropas, musitando:

—Tengo que salir, Emma.

—¿Con quién estabas hablando ahora?

—No puedo decírtelo, perdóname.

—He oído que mencionabas el nombre de Sally.

—Sí… Sí, en efecto.

Emma fue a dejar los vasos en la mesita de noche, se sentó en el borde de la cama, y miró con ojos brillantes a Todd.

—Lamont —susurró, con voz llorosa—… Sería cruel y estúpido que me estuvieses engañando… en cuestiones de amor. No soy una pobre tonta. Te he visto utilizar ese aparato varias veces desde que nos instalamos aquí, y sé… sé que algo extraño está sucediendo. Sé que me has mentido en muchas cosas, pero… pero no me importan. Ahora bien, si hay otra mujer que… ¡Oh, sería todo tan cruel, tan estúpido y absurdo, Lamont!

Todd se había acercado a ella. Le tomó la barbilla, le hizo alzar el rostro, y la besó en los labios.

—Emma, es cierto que te estoy mintiendo en muchas cosas. Pero no en lo nuestro. Quisiera poder explicártelo todo, pero no es posible…, no es… razonable. Tengo que marcharme ahora, y si no he vuelto antes de medianoche, significará que jamás volveré. En ese caso, te lo ruego: olvídame cuanto antes, mi amor. Vuelve a tu vida normal, y olvida que alguna vez me conociste. ¿Lo harás?

Dos lágrimas se deslizaron por el rostro de Emma Waldon.

—Me estás pidiendo… que te olvide… como… como si fuese una cosa tan fácil… ¿No amas a ninguna otra mujer?

—No. Solo a ti.

—Entonces…, ¿por qué no habrías de volver?

—Lo siento —murmuró Lamont—, no puedo darte más explicaciones.

Se apartó de ella, y se vistió rápidamente. Emma le contemplaba en silencio, a través de las gruesas lágrimas que se iban deslizando por sus mejillas. Vio la pistola que Lamont se colocó en la funda axilar tras echar un vistazo al cargador, pero ni entonces reaccionó. El espía se abotonó la chaqueta, y miró a la muchacha.

—Adiós, Emma.

—Lamont… Lamont, te estaré esperando. Lamont Todd asintió, pálido.

—Pero solo hasta medianoche, recuérdalo. Adiós, mi amor.

Segundos más tarde, inmóvil, lleno el rostro de lágrimas, Emma Waldon oía el chasquido de la puerta del apartamento al cerrarse.

* * *

La rubia empujó la puerta de colorido cristal del The Lions, entró en el bar, y enseguida vio el teléfono, al fondo del local, junto a las dos puertas de los servicios. Las miradas de los clientes convergieron en ella: brevemente las de las muchachas, un tanto más prolongadas las de los hombres, en cuyos ojos aparecieron contenidos destellos de lujuria. El ambiente era grato, pese al abundante humo de cigarrillos, y a que había una gramola automática en marcha. La rubia fue hacia el fondo, ocupó una mesa lo más cerca posible del teléfono, y miró con gesto simpático al camarero, que acudió

rápidamente.

—Café, por favor.

—Muy bien.

La mirada de la rubia de ojos verdes se desplazó lentamente por el local. Algunos hombres todavía la miraban, intentando disimular su interés. Pero ninguno de ellos le pareció a Baby digno de ser tenido en cuenta como posible enemigo. En una mesa, un grupo de jóvenes reía un tanto estrepitosamente. En otra, un hombre y una mujer ya francamente adultos parecían estar discutiendo; con buenos modales, eso sí.

—Café. ¿Puedo servirla en algo más?

—No, gracias… Es decir, sí. Me llamo Sally. He quedado con un amigo que me llamará aquí dentro de unos minutos. ¿Será tan amable de avisarme?

—Por supuesto.

La llamada se produjo unos diez minutos más tarde, cuando la rubia Sally había terminado su café y un cigarrillo, y estaba dudando si encender o no otro. Se había puesto un límite de cigarrillos diarios, y quería atenerse a él… Cuando sonó el teléfono, miró al camarero, que pasó junto a ella, mirándola y asintiendo: Sally, lo recordaba bien.

El hombre atendió la llamada, la miró, y adelantó el auricular. Sally fue allá, lo tomó, dio las gracias, y se puso al habla.

—¿Diga?

— …

—Sí. Dígame.

— …

—De acuerdo.

Colgó, fue a dejar unas monedas sobre la mesa, recogió el maletín forrado de raso negro, y tras una sonrisa de agradecimiento al camarero, abandonó The

Lions'.

Poco después tomaba un taxi, en el que se trasladó a

King's

Road, en la esquina con Sloane Street. Desde aquí subió por Sloane Stree hacia Knigtsbridge. Luego, bajó por Grosvenor Place, giró a la izquierda por Buckingham Palace Road, y continuó hacia arriba, como absorta en la contemplación del Palacio de Buckingham. Pero

ni este ni su espectacular guardia real le interesaron demasiado. Continuó por The Mall, y llegó a Trafalgar Square… Se estaba dando un buen paseo, pero, durante él, se había convencido casi completamente de que nadie la seguía.

En Trafalgar buscó un edificio adecuado. Entró en él, subió al primer piso, y rápidamente, en el descansillo, la hermosa rubia de ojos verdes se transformó en una anciana de blancos cabellos, con lentes, ropa vulgar de tono oscuro, gruesos zapatones… La peluca rubia y el vestido que había utilizado fueron guardados en el maletín, del cual quitó la funda de raso negro, y puso otra de tono gris, por el simple procedimiento de volver al revés la anterior… Apenas cuatro minutos después de que la hermosa y llamativa rubia hubiese entrado en aquel edificio de Trafalgar Square, salía de este una anciana de pasito menudo y vacilante, que se alejó en dirección a Charing Cross Road, por la que continuó hasta el cruce con Oxford Street.

Cuando llegó a esta esquina, miró su relojito. Había calculado perfectamente el tiempo. Tan perfectamente, que ni siquiera un minuto más tarde, un coche se detenía casi delante mismo de ella, pegado al bordillo. El conductor se apeó, con gesto agrio, y alzó la tapa del motor, lanzando una furiosa mirada a este… La densa circulación comenzó a resentirse debido al obstáculo que significaba el coche al parecer averiado, pero la anciana no demoró demasiado el contacto. Había reconocido en el acto a Lamont Todd, vio que no había nadie más dentro del coche, y tras brevísima vacilación se acercó a este, y se sentó, a la derecha del volante. Desde fuera, el espía la estaba mirando estupefacto, pero reaccionó rápidamente: bajó la tapa del motor, se sentó ante el volante, y arrancó.

Su mirada fue brevemente hacia la anciana.

—Supongo que es usted —murmuró.

—En efecto, Simón. Le contestaré antes de que lo pregunte: nadie me ha seguido, puede estar seguro.

—Bien. ¿Tiene preferencia por ir a algún sitio?

—Primero, hablemos. Luego, ya veremos qué decido.

—De acuerdo. Ante todo, quiero agradecerle…

—No tiene que agradecerme nada. Si usted está en apuros, yo le sacaré de ellos. Si me está mintiendo, no vale la pena perder el tiempo en tonterías. ¿Este coche es de usted? ¿Está a su nombre?

—No. Es alquilado. Lo tenía reservado para esta ocasión Tenía la casi absoluta seguridad de que usted no dejaría en la estacada a uno de sus Simones.

La anciana volvió la cabeza, y clavó sus perspicaces ojos en el rostro del espía, manchado de luces de colores de anuncios luminosos. Hacía ya rato que era de noche.

—Si usted no hubiese cometido traición —dijo serenamente—, no estaría en problemas, Simón.

—Ya —sonrió secamente Todd—… Claro, el señor Europa le ha dicho que soy un traidor.

—¿No lo es?

—No. El traidor es él.

—Vamos, Simón, ¡no diga tonterías!

—¿Por qué cree que me estoy escondiendo? ¿Por qué cree que solamente he querido entrevistarme con usted? ¡Nadie más me creerá, nadie haría nada por mí y en contra de ese cerdo traidor!

—Le ruego que utilicemos un lenguaje correcto, sin ofender a nadie… A menos, claro está, que usted pueda probarme que Europa es un traidor.

—¿Probarlo? ¡Si pudiera probarlo ya habría emprendido el viaje hacia la Central, para presentar allí las pruebas, en lugar de estar escondiéndome como un conejo! Aunque… dudo mucho que hubiese podido llegar a Langley: naturalmente, Europa habrá dado orden general de caza al traidor Lamont Todd. Apostaría un penique a que allá donde me vean, cualquier agente de la CIA tiene orden de disparar a matar.

—No es así. Me consta que Europa desea hablar con usted para aclarar este asunto. Y por el momento, nadie tiene orden de matarlo.

—Bueno, si usted lo dice… A usted la creo. ¡Pero no puedo creer nada de lo que haga o diga Europa!

—Está bien. Nada de alterarnos. Tanto usted como yo somos espías de alto nivel, Así pues, hablemos como nos corresponde. Usted está acusando de traición a Europa, y él le acusa a usted. Ya he oído lo que él tenía que decir. ¿Qué tiene que decir usted?

—¿Está informada de que todo nuestro sistema europeo obra en conocimiento de los rusos?

—Desde luego. Es una situación muy molesta…, y hasta

peligrosa. Pero le pondremos pronto remedio, cambiando todos los dispositivos.

—No servirá de nada… mientras Europa siga al frente de todo el personal destinado en Europa. Él volverá a delatarlo todo. Y es de suponer que esta vez, y las siguientes, los rusos tendrán mucho más cuidado al manejar esa información: no nos daremos cuenta de que ellos estarán también al corriente de todo, y así, en todo momento, Moscú estará informada de todo el plan operacional a corto y largo plazo de la CIA en Europa.

—Deprimente perspectiva —murmuró la anciana—. Pero sigo esperando que usted acuse de algo concreto a Europa. Esta conversación no tiene base mientras usted no me diga qué sabe exactamente de él. ¿O no sabe nada… concreto?

—Usted acaba de decir que los dos somos espías de alto nivel. Muy bien. De cerebro a cerebro: ¿usted cree que yo, que soy solo un auxiliar del señor Europa, he podido informar a los rusos con la misma eficacia con que podría haberlo hecho Europa?

—Supongo que no. Él podría informar más y mejor a los rusos, claro está.

—Pues eso es lo que sucede. Los rusos saben cosas que yo no he sabido nunca. ¿Cómo podría haberles informado de algo que yo no sabía? En cambio, Europa, y solamente Europa, sí sabía esas cosas. ¿Su vista es buena?

—¿Mi vista? Es excelente. ¿Por qué?

Lamont Todd sacó unas cuartillas dobladas y las tendió a la anciana, sin mirarla, muy atento a la circulación.

—Durante estos días de encierro, me he dedicado a hacer algunos análisis sobre las informaciones que los rusos han demostrado poseer. Lo he anotado todo, despacio, meticulosamente, reflexionando muy bien todos los detalles. Lea usted mis análisis. Luego, pregunte a Europa si él me había puesto al corriente de esas informaciones que detallo. Por mi parte, le juro que no fue así. Sin embargo, los rusos poseen esas informaciones… que solo Europa conocía, no yo. ¿Cuál es la conclusión que obtiene usted de esto?

La anciana no contestó.

Durante varios minutos, estuvo dedicada a la lectura de los análisis efectuados por Lamont Todd, mirando a este de reojo de cuando en cuando. Lamont Todd conducía impertérrito, atento solo

al tráfico, seguro de sí, tranquilo. Si era un traidor, era indiscutible que tenía nervios de acero, y un valor a toda prueba, indispensable para enfrentarse a Baby en estas condiciones. La iluminación londinense, que permitía a Baby ir leyendo los análisis, ponía sombras y luces en las viriles facciones del espía americano, que también guardaba silencio.

—¿Puedo quedarme estos papeles? —preguntó por fin Baby.

—Los preparé para usted. Enséñeselos a Europa, y que él le diga si yo estaba al corriente de esos datos. Si le dice que sí, ni siquiera usted me impedirá llamarlo cerdo.

—Se lo preguntaré. Sin embargo, hay algo que quisiera comentar con usted antes de separarnos, Simón. Es respecto a esa muchacha, Emma Wald…

—No quiero que a ella se la mezcle en esto. El propio Europa le dirá que fue escrupulosamente estudiada, y que nunca ha tenido nada que ver con el espionaje. ¿Acaso él no le ha dicho ya esto?

—Sí, me lo ha dicho. Pero pienso que si usted ama a esa chica, quizá no se ha dado cuenta de que ella… iba obteniendo información de usted, Simón. Algunos espías son muy hábiles preguntando.

—Lo sé. Pero ocurre que Emma *jamás* me ha preguntado absolutamente nada que pueda parecer espionaje. Solo hablamos de nosotros.

—¿La ama usted realmente?

—Sí.

—Mal asunto.

—Ya me doy cuenta. En determinado momento, tendré que elegir entre ella o la CIA. Cuando llegue ese momento, decidiré. Pero lo que no pienso aceptar de ninguna manera es morir como un traidor, asesinado por algún compañero que creerá estar prestando un gran servicio a la patria. Por el momento, me he preocupado de retirar a Emma de la circulación, pues conozco nuestros métodos, y no quiero que ella sea molestada. Pero dígale esto a Europa: si le hace daño a Emma, yo saldré de cacería por mi cuenta, y la cabeza de Europa no estará mucho tiempo sobre sus hombros, aunque también mi cabeza ruede por el suelo. Creo que hablo muy claro, ¿verdad?

—Sí. Dígame una cosa: ¿sospecharía usted de alguno de sus

compañeros del Grupo de Mando? Quiero decir, aparte de Europa.

—Ya le he dicho, y se lo demuestro con mis análisis, que las informaciones que han llegado a los rusos solamente podían provenir de Europa. Cada uno de sus auxiliares sabemos determinado grupo de cosas, pero solo él las sabe todas. O sea que, o somos traidores todos los del grupo…, o solamente es traidor quien lo sabe todo: Europa.

—Está bien. Pare donde pueda, voy a apearme.

Lamont Todd asintió, y comenzó a desviar el coche hacia la izquierda, buscando la proximidad del bordillo. Pocos segundos después detenía el coche, y volvía la cabeza hacia la anciana.

—Todo esto es deprimente… Lo sería aunque fuese yo el traidor, y no el hombre fuerte de la CIA en Europa. Ya hace tiempo que he llegado a la conclusión de que el Hombre es el ser más repugnante de la Tierra, pero siempre le queda a uno la esperanza de que en alguna parte haya algo limpio, algo hermoso… Es solo una vana ilusión, desde luego.

—Desde luego —murmuró la anciana—. Sin embargo, yo conozco algunas personas por las que todavía apostaría mi propia vida sobre su integridad moral, Simón.

—¿De veras conoce a alguien así? Pues la envidio… Aunque quizá yo también conozca a una persona así. Cuando esto termine, me gustaría que usted conociese a Emma. Ella es…

De pronto, las dos puertas de atrás del coche se abrieron, bruscamente. Baby y Todd volvieron rápidamente la cabeza, sobresaltados…, y ambos se quedaron mirando las dos pistolas con silenciador que les apuntaban. Luego, miraron a los hombres que las empuñaban.

Uno de ellos dijo, en inglés, pero con leve acento ruso:

—Buen trabajo, Todd: ¡por fin la tenemos!

La anciana, esto es, la exrubia Sally, y siempre Brigitte Montfort, la agente Baby, palideció, y su mirada fue vivamente hacia Simón… Todavía estaban girando sus ojos hacia él cuando uno de los hombres que ocupaban el asiento de atrás movió con fuerza la pistola, golpeándola en un lado de la cabeza.

La blanca peluca se ladeó, un millón de luces multicolores estallaron dentro de la cabeza de Brigitte precediendo a la súbita y dolorosa oscuridad…

Y eso fue todo.

4

Cuando abrió los ojos, todavía estaba viajando en coche, pero el resplandor de las luces eléctricas había disminuido mucho. Comprendió que habían dejado el centro de Londres, y que se estaban alejando hacia alguno de los suburbios. De pronto vio ante sus ojos el brillo de una pistola.

—Permanezca tranquila: preferimos conservarla viva.

Parpadeó, y al hacerlo le dolió horriblemente la cabeza… Por encima de ella vio el rostro del hombre. Tardó todavía tres o cuatro segundos en comprender su situación exacta: estaba tendida en el piso del coche, entre los respaldos de los asientos delanteros y las piernas del hombre que viajaba atrás. Es decir, el hombre tenía un pie sobre su vientre. Cuando quiso moverse, se dio cuenta de que tenía las manos atadas, y, al mismo tiempo, el pie del hombre presionó con crueldad.

—No me obligue a hacerle daño, Baby.

Brigitte cerró los ojos, procuró adoptar la postura más cómoda posible, y se dedicó a respirar profunda y lentamente por la nariz llevando el aire directamente al vientre. Se sentía dolorida y aturdida pero poco a poco fue encontrándose mejor. No podía ver quién viajaba en el asiento delantero, pero supuso que sería Lamont Todd.

Sí.

En verdad deprimente.

Pero cuando, finalmente, llegaron a destino y la hicieron salir del coche, vio que no era Todd quien había estado conduciendo el coche alquilado por este, sino el otro hombre que había entrado en el asiento de atrás con el que había viajado vigilándola.

—Camine —dijo este.

Señaló hacia el pequeño chalé que se veía como una difusa mancha blanca en la oscuridad. Estaban en el campo. Volvió la

cabeza al oír la llegada de otro coche, del que se apearon otros dos hombres, que fueron también hacia la casa. Entraron en esta, le señalaron un sillón de la pequeña salita, y se dejó caer en él. Los ocupantes de los dos coches estuvieron cuchicheando unos segundos. Por fin, uno de los hombres abandonó el saloncito… Segundos después, Brigitte oía el motor de uno de los coches al ser puesto en marcha, y luego alejándose.

Dos de los tres hombres que se habían quedado con ella permanecían de pie, mirándola con atención y curiosidad. El tercero se había sentado en el centro del sofá, frente a una baja mesita de centro sobre la cual había dejado los lentes de la anciana y su blanca peluca, así como el maletín, que había abierto. También, junto a la peluca, se veía la pistolita de cachas de madreperla que Baby había llevado en el escote cuando su entrevista con Lamont Todd.

—¿Dónde está Todd? —murmuró.

Hubo algunas sonrisas burlonas, y esa fue toda la respuesta que obtuvo. El hombre que estaba examinando el contenido del maletín parecía muy interesado… Y con razón, pues en verdad el contenido de trucos era sorprendente. Por pura casualidad, pues solo Brigitte sabía cómo hacerlo, había apretado el mango del cepillo para el cabello de tal modo que el agudo estilete apareció, en silencio, lanzando acerados destellos.

El hombre volvió la cabeza hacia Brigitte, estuvo unos segundos mirándola fijamente, con expresión sarcástica, casi cruel, y finalmente se puso en pie y se acercó a ella.

—Póngase en pie —ordenó.

Brigitte obedeció. El hombre acercó el estilete a su cuerpo y se dedicó a cortar las oscuras ropas por los sitios adecuados para que, muy pronto, cayeran al suelo, dejando a la espía internacional solamente cubierta con los sujetadores y los pantaloncitos… Las miradas de los tres hombres mostraban incredulidad, asombro…, y, enseguida, un lúbrico deseo que hizo relucir sus ojos. El hombre que empuñaba el cepillo-estilete volvió a utilizar este, cortando por el centro los sujetadores, que desaparecieron hacia atrás, dejando al descubierto los hermosos pechos turgentes y vibrantes de Brigitte Montfort, que no descendieron ni siquiera un milímetro.

El hombre acercó la mano libre, y palpó con mal contenida

codicia primero un pecho, luego otro. Luego, empujó a Brigitte, sentándola de nuevo en el sofá, sin dejar de mirar el elástico movimiento de los senos.

Cuando miró los ojos de la prisionera, tuvo, por un instante, la sensación de mirar dos trozos de hielo de color azul. Se pasó la lengua por los labios, vaciló, y optó por volver a continuar examinando el contenido del maletín.

Los otros dos permanecían con la mirada fija en los pechos, el vientre y los muslos rotundos y firmes de la espía internacional.

El ruso examinador del maletín dejó de dedicarse a esto pocos minutos más tarde, y miró a Brigitte.

—¿Quiere comer o beber algo? —ofreció, casi amablemente.

—No, gracias. Pero agradecería un par de aspirinas… Todavía me duele la cabeza.

Uno de sus atentos vigilantes desapareció. Regresó poco después, con un vaso con agua y un par de tabletas. Introdujo estas en la boca de Brigitte, y le dio a beber un sorbo de agua.

—Gracias —murmuró la divina.

Cerró los ojos, quedó inmóvil, y se fue relajando a ojos vistas. Era como si su cuerpo se fuese dulcificando aún más, toda tensión muscular fue desapareciendo, especialmente en las facciones, que expresaron muy pronto una infinita paz. Los tres agentes soviéticos cambiaron una mirada extraña. Uno de ellos refunfuñó algo, y fue a sentarse en un sillón, guardó la pistola, y encendió un cigarrillo. El que parecía dirigir el grupo estuvo casi un minuto mirando a Brigitte, que parecía una estatua. Una bellísima estatua de oro.

Se puso en pie, haciendo una seña a sus compañeros, que le siguieron hacia la puerta del saloncito. Allí, cuchichearon unos segundos, el jefe del grupo volvió al sofá, y los otros dos salieron del saloncito y luego de la casa.

Regresaron unos cuarenta minutos más tarde, con aspecto un tanto fatigado y expresión malhumorada. Uno de ellos fue hacia el mueble-bar, sirvió *whisky* en tres vasos, y los repartió. Los tres se quedaron mirando a Brigitte, que continuaba inmóvil.

Y así estuvo hasta que, otros quince o veinte minutos más tarde, se oyó la llegada de un coche. Suavemente, Brigitte Montfort abrió los ojos, miró uno a uno a los tres rusos, y eso fue todo… Uno de los rusos salió del saloncito. Reapareció segundos más tarde,

precediendo al que antes se había marchado con el otro coche… Pero llegaban más personas. Otro hombre, y una mujer.

A la mujer la identificó enseguida Brigitte, gracias a las fotografías que le había mostrado Europa: era Emma Waldon. La muchacha estaba evidentemente asustada, y Brigitte captó el desencanto en su mirada cuando tras dirigirla entorno, no vio a Lamont Todd.

Pero, quien realmente interesó a la espía internacional, fue el otro hombre, el que todavía no conocía: era de mediana estatura, delgado, de aspecto vulgar…, excepto sus ojos, negros, profundos, taladrantes, protegidos por unas espesas cejas en las que había muchas canas, como en la abundante y larga cabellera. La mirada de este personaje fue directa hacia Brigitte, que tuvo la sensación de recibir un impacto tangible en sus ojos…

—¿Dónde… dónde… está Lamont? —preguntó Emma Waldon, con voz aguda.

Nadie contestó. La muchacha tenía ahora la mirada fija en Brigitte. Una mirada incrédula, desconcertada. Tras mirar los desnudos pechos de la espía, se volvió a mirar al hombre de los ojos negros.

—Usted me dijo que Lamont estaba aquí…

—Ya ve que no es cierto —replicó suavemente el hombre.

—Pero…, ¿dónde está?

—Camino de Rusia. ¿La sorprende?

La muchacha estaba atónita. ¿Que si la sorprendía aquella información? Estaba sencillamente estupefacta, a juicio de Brigitte. Uno de los rusos la tomó del brazo, y la llevó a sentarse en el sofá. El hombre de los ojos negros se sentó en un sillón, tras colocarlo de modo que estuviese orientado hacia Emma Waldon y Brigitte.

Miró a esta, y sonrió.

—De modo que usted es Baby… Magnífico. ¿Cuál es su nombre?

Brigitte Montfort apretó los labios. Era una actitud ingenua y absurda por su parte, pues sabía que podían obligarla a decir muchas más cosas que su nombre, tarde o temprano. Además, no tardando mucho, sería identificada por cualquiera de aquellos hombres, o compañeros de estos, como Brigitte Montfort, la periodista americana de fama e imagen internacional.

—Está bien —encogió los hombros el sujeto—. Le diré el mío.

Puede llamarme Winston, aunque tengo la certeza de que a su agudeza y experiencia no se le escapa que ni me llamo así ni soy británico. Efectivamente, soy ruso. Y debo decirle que soy lo bastante inteligente para no complicarme la vida. En Moscú dirá usted todo lo que tenga que decir…, que ciertamente debe de ser mucho, muchísimo. ¡Debe de saber usted tantas y tantas cosas…! Muchas más que Todd, ¿no está de acuerdo?

—Sí.

—Magnífico otra vez. ¿Dónde está escondido Europa?

—No se lo diré.

—¿No? Bueno, ¿qué más da? Dentro de unas pocas horas llegará aquí un helicóptero que la llevará hasta donde espera un avión que la trasladará a usted a Rusia. En realidad, esto es lo único importante después de que Europa descubrió la traición de Todd… Aunque debo admitir que la culpa no fue de Todd, sino de nosotros, los rusos, al utilizar precipitadamente y por supuesto con poca pericia las informaciones que su querido Simón nos iba pasando. Iremos con más cuidado en lo sucesivo.

—Pocas informaciones podrá facilitarles Todd si está camino de Rusia.

—Oh, no se preocupe por eso: tenemos muchos más hombres de la CIA como Todd, dispuestos a colaborar con la MVD. No hay problema, nunca falta esa clase de material, y usted lo sabe.

—Sí —murmuró Brigitte—… Por experiencia sé que siempre hay traidores en todas partes.

—Cosas del espionaje —encogió los hombros Winston—. Francamente, Todd nos era muy útil, pero debido a nuestra torpeza no ha habido más remedio que retirarlo de la circulación. Sin embargo, antes de eso, nos ha prestado un último y valiosísimo servicio: hacer de carnada para atraer a la agente Baby. Eso si era importante. Y aunque a partir de ahora Todd no va a servirnos de gran cosa, ha cumplido una parte muy, muy importante. En cuanto a Europa, no importa dónde esté ahora: ya le encontraremos.

—¿Acaso planean asesinarlo?

—De ninguna manera —rechazó Winston—. Solo queremos localizarlo para localizar, como consecuencia, a sus más inmediatos auxiliares, a fin de sobornar a uno de ellos para que sustituya a Lamont Todd. Se pensó en eliminar a Europa, pues nos consta que

durante muchos años ha estado dirigiendo magistralmente el espionaje americano en Europa, pero ¿de qué nos serviría? Enviarían a otro, que seguramente sería tan eficaz como él, y así sucesivamente. No, no es Europa quien nos interesa, sino los hombres que le rodean, para sobornarlos.

—No siempre encontrarán a un hombre de la catadura de Todd, dispuesto a venderse.

—Oh, sí —rio Winston—… Tenemos nuestro sistema.

—¿Qué sistema?

—Uno infalible. Pero, aunque usted ya jamás podrá seguir prestando sus inestimables servicios a la CIA, permítame que mantenga en secreto ese sistema. Solo le diré que no tienen ustedes modo de evitar que nosotros vayamos sobornando a todos los agentes de la CIA que nos interese. O a casi todos… Por ejemplo, sabemos que Europa es insobornable. Y claro, también hay otros que no podríamos comprar. Pero esos pocos carecen de importancia, considerando el volumen de los que si podemos comprar. Bien…, ¿no quiere decirme dónde está Europa?

—No.

—Mala suerte. Además, sé que sería inútil preguntarle los nombres de otros hombres importantes de la CIA en Europa, pues sabemos que usted desconoce nombres y direcciones. Para usted, todos los hombres de la CIA son «Simón», y eso es todo. Muy conveniente. Bien, por el momento seguiremos estudiando a los que ya conocemos, a la espera de poder hacer contacto con uno de los auxiliares de Europa, para que sustituya a Lamont Todd… Y como le he dicho, esta vez utilizaremos sus informes con más tacto. Bien, esto es todo…

—¿Ha terminado conmigo? —Se sorprendió Brigitte.

—En realidad, solo quería verla, conocerla, antes de enviarla a Rusia. Curiosidad personal, ¿comprende? Lo demás no tiene gran importancia: todo se irá cumpliendo a la medida de mis deseos. Le deseo un feliz viaje hasta Moscú.

—Espere un momento… Podemos hacer un trato. Quizá yo me aviniese a facilitarle alguna información si usted me dijera qué sistema utilizan para comprar a los agentes de la CIA. ¿Dinero, quizás?

—¡Dinero…! —exclamó despectivamente Winston, ya en pie—.

¡Bah! ¿A quién le interesa el dinero en nuestros días? ¡Ya hay demasiado dinero en circulación, y cada vez sirve de menos! Dentro de muy poco, habrá que buscar un nuevo símbolo de valor en el mundo.

—¿Qué símbolo?

—Ese es el secreto —sonrió Winston—. Adiós. Espero que nos veremos alguna vez en Moscú.

—¡Espere! ¿Y ella? —Brigitte señaló con un gesto de cabeza a la asustada y desconcertada Emma Waldon—. ¿Qué piensan hacer con ella? Es una pobre muchacha que no sabe nada de todas estas cosas…

—No sea ingenua —frunció el ceño Winston—… La señorita Waldon lleva algunos meses en contacto muy directo y personalísimo con Todd, así que no podemos correr ningún riesgo. Usted sabe que por hermético que sea un agente secreto, siempre tiene… momentos de relajación, fugas mentales, si prefiere decirlo así. ¿No le parece factible que en determinado momento Lamont Todd le haya dicho a la señorita Waldon cosas que más adelante ella podría recordar…, y que fuesen comprometedoras para la MVD?

—Sí.

—Pues eso responde a su pregunta. Hemos permitido que Todd disfrutase de la vida a su manera, pero no podemos permitir que sus… fugas mentales puedan ser estudiadas en algún momento por la policía británica. ¡Y no le digo nada si esas informaciones llegasen al Servicio Secreto británico o a la CIA!

—Entiendo. ¿Piensan enviarla también a Rusia?

Winston volvió a fruncir el ceño, y contempló a Brigitte como decepcionado.

—Qué tontería —masculló—… La señorita Waldon no es Baby, ¿verdad? Ni nada parecido. ¿De qué nos serviría en Rusia?

Brigitte no dijo nada más. Miró de reojo a Emma Waldon, cuyos ojos parecían saltar de uno a otro hombre, y también hacia ella. Por fin, la muchacha exclamó, con voz aguda:

—¿Qué ha querido decir? ¿Qué van a hacer conmigo? ¡Yo no sé nada de nada, ni siquiera entiendo lo que están hablando…! Solo… solo quiero estar con Lamont… ¡Solo eso!

Winston encogió los hombros, miró al hombre que le había

traído con el coche, y señaló con la barbilla hacia la puerta. Hizo un gesto de despedida hacia los otros, y ambos salieron. Emma Waldon miraba hacia los tres hombres. Brigitte dejó de mirarla a ella para mirar al suelo… A sus oídos llegó el rumor del coche alejándose.

—Hace calor aquí —dijo uno de los hombres, de pronto.

—Sí, es cierto —admitió otro—. Y no hay para tanto. Voy a abrir la ventana. Se acercó al ventanal, y abrió una de las hojas. Mientras tanto, uno de sus compañeros se había acercado al radiador eléctrico, y había puesto la mano encima. La retiró vivamente, lanzando una exclamación.

—¡La calefacción está en marcha! ¿Quién la ha encendido? ¡Es una estupidez hacerlo en este tiempo!

—Ya sé lo que debe de haber pasado —dijo otro—: seguramente, la dejaron en marcha este invierno. Se limitaron a desconectar la corriente de la casa, y al llegar nosotros y conectarla hemos encendido la calefacción sin saberlo. La apagaré. No están los tiempos para malgastar energía.

Los otros dos sonrieron. El que había hablado en último lugar apagó los dos radiadores del saloncito, y salió de este. Regresó un par de minutos más tarde, diciendo:

—Claro que teníamos calor: ¡toda la casa tenía la calefacción en marcha!

—Yo tengo calor a pesar de haber abierto la ventana —dijo otro; miró de pronto a la silenciosa y asustada Emma Waldon—… ¿Tú no tienes calor, preciosa?

Emma Waldon abrió más los ojos, y no contestó.

—Yo creo que sí tiene calor —sonrió otro—: es una crueldad hacer pasar calor a alguien. Por nosotros puede desnudarse, si lo desea.

Parecía imposible, pero los ojos de Emma se abrieron más aún. Miró a Brigitte, que se apresuró a desviar la mirada. Ya había visto las de los tres hombres fijas en Emma, y sabía sin lugar a la menor duda lo que estaban pensando y tramando. Quizás a ella no la molestasen, pues debían de tener órdenes muy severas respecto a la integridad de la agente Baby hasta que llegase a Rusia…, pero Emma Waldon no iba a ser enviada a Rusia, desde luego.

—Parece tímida —dijo uno de los rusos—… Yo creo que deberíamos ayudarla.

—Buena idea —aprobó otro.

Se acercaron los tres a Emma Waldon, que se encogió. Sus ojos estaban ya casi desorbitados.

—No —gimió—… ¡No, no!

Uno de los rusos agarró el borde del vestido, y dio un fortísimo tirón, arrancando un trozo. Emma gritó, se puso en pie, e intentó correr hacia la puerta. Fue cazada al vuelo por manos ávidas, fortísimas, que la dejaron completamente desnuda en pocos segundos. Los gritos de la muchacha llegaron como taladros a oídos de Brigitte Montfort que cerró los ojos.

—¡En el sofá! —Oyó el jadeo de uno de los rusos.

Abrió los ojos. Emma continuaba gritando desesperadamente, debatiéndose entre los fuertes brazos de los espías, pero no le sirvió de nada. Fue tirada sobre el sofá, vibrantes sus blancas carnes tersas, sus bonitas formas…

—¡Sujetadla!

Uno de los rusos saltó sobre ella, mientras los otros dos la sujetaban rudamente. Emma gritaba y gritaba, luchando, pero el hombre que había saltado sobre ella no tuvo grandes dificultades en conseguir su objetivo. Cuando Emma lo sintió en ella quedó un instante como paralizada, fija su aterrada mirada en el techo. Luego, reanudó sus gritos, intentando evitar lo que ya era inevitable…

5

Desde el sillón en el que estaba sentada, Brigitte contemplaba, sobrecogida, la brutal violación de Emma Waldon, que había dejado de gritar y de resistirse. Permanecía inmóvil, como una bella muñeca sin vida que estaba siendo salvajemente utilizada, vuelta la cara hacia la derecha, de tal modo que Brigitte veía las lágrimas…

Dio otro tirón con sus manos, pero no consiguió nada. Era imposible que pudiese soltarse para acudir en ayuda de Emma Waldon; y, con las manos atadas, poca cosa podría hacer contra tres hombres armados y que, en aquellos momentos, habían perdido el control… El primero de ellos soltó de pronto un rugido, se relajó, y quedó luego inmóvil… De pronto, se alzó de sobre Emma, y le hizo una seña a otro, ocupando su lugar junto a Emma para continuar sujetándola…, cosa que ya no parecía necesaria, pues la muchacha permanecía como muerta.

Brigitte desvió la mirada cuando el segundo ruso ocupó el lugar del primero sobre el cuerpo de Emma Waldon… Miró hacia la ventana abierta, y un destello pasó por los azules ojos. Volvió a mirar hacia los tres hombres, que parecían haberla olvidado completamente. El segundo estaba lanzado frenéticamente a la consecución de sus deseos… La mirada de Baby volvió hacia la ventana abierta. Miró de nuevo a los tres hombres. No, no se acordaban de ella, en aquel momento.

Con un pie se quitó el zapato del otro, realizando acto seguido la operación a la inversa. Descalza, se puso en pie, clavó la mirada en el hueco de la ventana, y echó a correr hacia allí. Saltó hacia el hueco cuando estaba a menos de un metro, y su cuerpo pasó hacia el exterior, girando en el aire… Estaba rodando por el suelo en perfecta voltereta, que sus manos atadas a la espalda dificultaron un poco cuando le llegó la voz de uno de los rusos:

—¡Eeeh…! ¡Baby ha saltado por…!

Ya estaba en pie. Echó a correr, alejándose de la casa. Volvió la cabeza, y vio, perfectamente recortada en la ventana, la silueta de uno de los soviéticos. Saltó hacia un lado... En la ventana brilló el breve relámpago anaranjado de un disparo. ¡Crack!, crujió la bala perforando al aire muy cerca de Brigitte. Esta rodó por el suelo, se puso de nuevo en pie, y continuó corriendo hacia el grupo de pinos, que parecían sombras fantasmales en la oscuridad. Por detrás de ella apareció el alargado rectángulo de luz, al ser abierta la puerta de la casa.

—¡Hacia el bosquecillo! —gritó el hombre de la ventana. De nuevo volvió Brigitte la cabeza.

El ruso estaba saltando por la ventana. Los otros dos habían salido por la puerta, y corrían hacia el bosquecillo de pinos, en pos de la fugitiva..., que desapareció en las sombras.

¡Crack, crack!, crujieron de nuevo dos balas, una de ellas pasando por encima de su cabeza. Acto seguido, palabras en ruso, que entendió perfectamente. Había maldiciones e instrucciones para cazarla en el bosquecillo... Muy bien.

La maniobra de la agente Baby fue muy arriesgada..., pero audaz, y básicamente inteligente: en lugar de continuar corriendo hacia el fondo del bosquecillo alejándose de la casa, giró a su derecha, recorrió una veintena de metros, y volvió a girar hacia la derecha, de modo que quedó orientada hacia la casa. Se acuclilló detrás de uno de los pinos... A su derecha, penetrando en el bosquecillo, distinguió por un momento las siluetas de los tres hombres, al leve resplandor de las luces de la casa. Sin vacilar, se irguió, y echó a correr de regreso a esta, silenciosa y veloz como una gata.

Llegó en pocos segundos a la abierta puerta, y entró sin dejar de correr. En el sofá, desnuda, temblando violentamente, yacía todavía Emma Waldon, cubierto el rostro de lágrimas. Parecía rota...

Brigitte se acercó a ella, y le volvió la espalda.

—¡Pronto! —jadeó—. ¡Desáteme! ¡Emma, tiene que reaccionar, o va a morir muy pronto! ¡Desáteme!

De nuevo con los ojos muy abiertos, Emma se sentó en el sofá y dirigió sus temblorosos dedos hacia las cuerdas que sujetaban las manos de Brigitte. Hubo en su rostro un gesto de dolor, pero consiguió la suficiente serenidad para actuar con eficacia. Brigitte

parecía talmente un felino, escuchando… Tenía el oído muy fino: si ellos volvían, los oiría con tiempo, lo sabía. Sus manos quedaron libres de pronto, y la espía se abalanzó hacia la mesita donde estaba abierto su maletín, y, extendidas alrededor, sus cosas, incluida la pistolita de cachas de madreperla. Miró a Emma, y la vio todavía sentada en el sofá, como alucinada.

—¡Tenemos que marcharnos! —exclamó—. ¡Salga afuera y ponga el coche de Lamont en marcha!

Emma se puso en pie maquinalmente, y fue adonde habían quedado sus ropas, convertidas en pedazos.

—¡Deje eso! —Casi gritó Brigitte—. ¡Vaya al coche! ¡Deprisa!

Emma asintió, como en sueños, y echó a andar hacia la puerta. Se detuvo, y miró sus piernas, con expresión entre atónita y desconsolada. Brigitte terminó de meter sus cosas en el maletín, lo cerró, lo asió, y corrió hacia Emma, señalando hacia la puerta con la pistolita, que sostenía en la diestra.

—¡Corra!

Salieron corriendo las dos de la casa, y fueron hacia el coche que Lamont Todd había alquilado en Londres.

No había allí más coche que este. Emma fue a sentarse ante el volante, y Brigitte lo hizo a su lado.

—¡Vamos, arranque!

Emma asintió dócilmente, y dio el encendido. Brigitte miraba hacia el bosquecillo. Vio aparecer a uno de los rusos, y mientras el coche comenzaba a moverse, oyó el grito del hombre, y vio el resplandor anaranjado en su mano. Y luego otro, y otro… Pero esta vez, ni siquiera oyó crujir cerca las balas. La casa fue quedando atrás. Miró a Emma, y vio el brillo de las lágrimas llenando sus ojos.

—Será mejor que pare un momento —dijo Brigitte—. Yo conduciré.

Emma Waldon frenó, y rompió a llorar estruendosamente.

* * *

Cuando Brigitte terminó su relato, el silencio pareció más denso que nunca en el saloncito del chalé donde se había instalado provisionalmente Europa. Este, dos de sus auxiliares, y Simón-Londres, habían escuchado a Baby sin interrumpirla una sola vez.

Sabían que no era necesario hacer preguntas: todo lo que tuviera que ser explicado, ella lo haría, sin fallo alguno.

Tanto Brigitte como Emma estaban ya vestidas, con ropas de la primera, obtenidas de su maleta, que se había quedado en el chalé. La estatura y corpulencia de Emma Waldon eran inferiores a las de la espía internacional, pero las ropas de esta cumplían su cometido. Ya había desaparecido la sorpresa en Europa y los demás hombres de la CIA, ocasionada por la aparición de Baby en pantaloncitos llevando con ella, completamente desnuda, a Emma Waldon. Incluso, los hombres de la CIA habían dejado ya de mirar conmiserativamente a la pobre muchacha cuya actitud era la de una sonámbula, o poco menos… Sí, para ella, lo sucedido debía de ser como una pesadilla que todavía no acababa de comprender.

Simón-Londres sirvió más café a las dos mujeres, y quedó silencioso, sombrío. Como los demás.

Europa se movió de pronto. Se pasó las manos por la cara, suspiró profundamente, y musitó:

—Bien… Asunto terminado.

—¿Terminado? —Lo miró vivamente Brigitte.

—Por supuesto. Lamont debe de estar ya volando hacia Moscú, y nada podemos hacer para impedir que llegue allí. Por lo demás, creo que ni siquiera vale la pena que usted nos lleve a esa casa en el campo: naturalmente, se habrán apresurado a desalojarla, y a llevarse cualquier material que pudiera resultar comprometedor.

—Maldita sea su estampa —masculló Simón-Londres y todos supieron que se refería a Lamont Todd—… ¡Supongo que ordenará usted su muerte inmediatamente, señor! Tenemos en Moscú agentes que…

—No será fácil —interrumpió desganadamente Europa—. Todos sabemos eso muy bien, Suponiendo que mantengan con vida a Lamont, llegar a él no será en absoluto fácil, no…

—¿Qué… qué quiere decir? —tartamudeó Emma.

—Quiere decir —explicó suavemente Brigitte— que cabe la posibilidad de que a los rusos no les interese ya Lamont Todd, puesto que de poco o de nada va a servirles ya. Pero yo no creo que lo maten. Para hacer eso, no se habrían molestado en llevárselo. Quizá todavía puedan servirse de él.

—Hay que matarlo —insistió Simón-Londres.

—Me ocuparé de eso, desde luego —asintió cansadamente Europa—… Pero tenemos otro problema. Es decir, dos problemas, uno de ellos muy grande. Me refiero a Baby: seguramente, fue identificada en su verdadera personalidad.

—Me parece que no —murmuró Brigitte—… No llegaron a registrar el doble fondo de mi maletín, donde llevo los pasaportes. Claro que conocen mi rostro… Desde luego, mi situación no es buena, pero no debemos preocuparnos antes de hora. ¿Cuál es el otro problema?

—La señorita Waldon —señaló Europa a Emma—… Tenemos que pensar algo respecto a ella, que es bien conocida por los rusos desde que Lamont comenzó a relacionarse con ella. Deben de saberlo todo sobre Emma Waldon. Como nosotros. Y no vamos a olvidar que ya se proponían matarla, y que si aún está viva lo debe a… Bueno, a ese mal momento que ha pasado. Si no se hubieran entretenido en eso, ya estaría muerta.

—Los muy cerdos —gruñó un Simón—… ¡Ahora se dedican a la violación! ¡Deberíamos darles un escarmiento que…!

—Calma, calma —refunfuñó Europa—. En nuestro trabajo, todos caminamos siempre sobre la cuerda floja. Nada de dejarse llevar por las emociones. Pero, desde luego, hay que encontrar una solución para la señorita Waldon. Sería un suicidio que volviese a su apartamento… En fin, hay que retirarla de la circulación, de momento. Ya encontraremos más adelante una solución… una solución que… que…

—¿Le ocurre algo? —Lo miró intensamente Brigitte.

—No… Bueno, este maldito dolor de cabeza… Hacía días que no lo tenía… Ya pasará.

—Tengo analgésicos en mi maletín —dijo Baby—: será mejor que se tome uno.

—Sí… Será mejor. Gracias. Aunque no creo que me sirva de nada. Quizá… tenga algo en la cabeza… Ya hace unos meses que me duele con frecuencia.

—¿No ha ido al médico?

—No. Pero supongo que tendré que hacerlo. Creí que aquí se me aliviaría completamente, pero no es así.

—¿Aquí? ¿Qué quiere decir?

—No me había dolido desde que llegué a esta casa, así que

estaba pensando que quizá me sienta mal Londres, ya sabe… Pero parece que la causa de mis dolores no está fuera, sino dentro de mi cabeza. Gracias.

Tomó el vaso de agua que había ido a buscar uno de sus auxiliares, y la tableta que había sacado Brigitte de su maletín.

La ingirió, cerró los ojos, y estuvo un par de minutos inmóvil, relajándose.

La violada Emma Waldon miraba de uno a otro personaje… Parecía un pobre pajarillo metido en una bandada de cuervos…

—¿Se encuentra mejor? —preguntó Brigitte cuando Europa abrió los ojos.

El jefe del espionaje norteamericano en el viejo continente encogió los hombros.

—En cuanto a mí —dijo, siguiendo el hilo de sus pensamientos—, y considerando que los rusos no tienen intención de matarme, lo que, ciertamente, sería absurdo, innecesario, y muy comprometido para ellos ahora que se les podría acusar abiertamente de ello, lo mejor será que vuelva a mi apartamento. Quizá mis dolores de cabeza se deban a la tensión de todo lo que ha estado ocurriendo, así que lo mejor será que me dedique a descansar unos días. Respecto a esos análisis que Todd le entregó —miró fijamente a Brigitte—, supongo que ya ha comprendido que para prepararlos Lamont contó con las informaciones de los rusos… que quizá recibían por otros conductos.

—Eso parece —asintió Brigitte—. Bueno, parece que todo ha sido un fracaso en cuanto a mi colaboración, ¿verdad? No estoy acostumbrada a ello, pero me resignaré. Me gustaría… Sí, me gustaría ir personalmente a matar a Todd en Moscú, pero eso sería complicarme la vida mucho más de lo que me temo ya lo está. También podría quedarme aquí para ayudarles a localizar a esos cinco hombres de la MVD, aunque no vamos a pensar que son tontos… Seguramente, también se habrán marchado ya de las Islas Británicas. En fin, supongo que lo mejor es que regrese a Estados Unidos. Espero que será tan amable de enviar un informe para mí a la Central cuando haya encontrado soluciones a todo este problema.

—Cuente con ello. Aunque, ¿qué soluciones vamos a encontrar? Lo de eliminar a Lamont, puede tardar, pero lo conseguiremos, seguramente. Lo demás es mucho más problemático, si realmente

los rusos tienen un nuevo sistema para ir sobornando a nuestros agentes en toda Europa…, incluidos los que estén cerca de mí y otros que ocupen altos puestos de coordinación. ¿Qué sistema puede ser ese?

—No sé —frunció el ceño la divina espía—… Pero pensaré en ello. Si se me ocurre algo, le avisaré. Aunque pienso que quizá todo fue una estúpida fanfarronada de Winston.

—Ojalá sea una fanfarronada —susurró Europa, llevándose de nuevo una mano a la frente—… Perdone… No me siento bien… ¿Puedo hacer algo por usted?

—Solamente conseguirme un helicóptero para que me lleve a París. Aprovecharé mi estancia en Europa para visitar a algunos amigos. ¿Puede conseguírmelo?

—Naturalmente. Si le parece a usted bien, el mismo Simón que fue a esperarla a Heathrow la llevará a donde tenemos uno de nuestros helicópteros.

—Sí, estupendo… ¿Podría quedarse Simón un par de días conmigo, con el helicóptero? Me ahorraría mucho tiempo y molestias de desplazamientos.

—Sí, sí… Lo que usted diga, desde luego. Espero… que volvamos a vernos en mejor situación.

Brigitte asintió.

Recogió su maletín, vaciló, lo volvió a dejar, y se acercó a Europa. Le puso una mano en la frente, temiendo encontrarlo enfebrecido, pero no era así. Estaba normal. Europa la miró, fruncido el ceño.

—No debería preocuparse tanto por mí —musitó—… A fin de cuentas, no simpatizamos. Y ninguno de los dos somos hipócritas.

Brigitte Baby Montfort se quedó mirando con sonrisa un tanto enfurruñada al señor Europa.

—Aunque a los dos nos fastidie —dijo algo irritada—, usted es también uno de mis Simones, señor Europa. Como consecuencia, no puedo dejar de preocuparme por usted, sea por un motivo u otro. Creo que lo mejor sería que se acostase y tomase un sedante fuerte. No le hará ningún bien marcharse solo a su apartamento esta misma noche.

Europa parpadeó. Su boca se abrió, con gesto agrio…, pero de pronto, se dio cuenta de que Simón-Londres, y sus ayudantes, le

estaban mirando expectantes, incluso con una cierta hostilidad.

—Agradezco su preocupación por mí —murmuró—… Y como lo que ha dicho me parece sensato, eso haré. Le deseo buen viaje.

Brigitte tomó de nuevo su maletín, mientras Simón tomaba su maleta y se dirigía enseguida hacia la puerta. La espía se acercó a Emma Waldon, le puso una mano en un hombro, y le sonrió cariñosamente.

—Olvidará le ocurrido —aseguró—… Mientras tanto, no se preocupe absolutamente por nada: está en buenas manos. Tenga la seguridad de que no habrá ningún problema que mis amigos no puedan resolverle.

—Gracias… Yo todavía no… no entiendo bien todo esto… Bueno, sí, algo he entendido… Lamont es… es un espía, y… ¡Oh, Dios mío, qué horrible es todo esto!

Escondió el rostro entre las manos, y comenzó a sollozar. La divina espía le dio unos golpecitos en el hombro, y luego se fue en pos de Simón. Irían adonde la CIA tenía uno de sus helicópteros, y emprenderían inmediatamente el vuelo hacia París…

* * *

—Regresemos —dijo Baby.

Simón, a los mandos del helicóptero, se volvió a mirarla. Podía verla perfectamente ahora, gracias al resplandor de la iluminación de París, que estaba ya muy cerca.

—¿Qué dice? —preguntó, seguro de que no había entendido bien.

—Que regresemos.

—¿Adónde? —Se pasmó el espía—. ¿A Londres?

—Sí.

—Pero… pe… pero… ¡si ya casi estamos en París!

Brigitte Montfort asintió con un gesto. Delante de ellos, muy cerca, el resplandor de París. Por debajo, la negrura de las aguas.

Y por todos lados, salpicaduras de luces de localidades más pequeñas… Sabía perfectamente que estaban llegando a París.

—Por favor —pidió con suave firmeza—: regresemos, Simón. Por cierto: ¿sabe usted dónde vive en Londres el señor Europa?

—Sí… Claro, lo sé.

—¿Dónde?

—¿De verdad quiere saberlo? —exclamó el espía.

—De otro modo, no se lo preguntaría. ¿Dónde?

—Tiene un bonito apartamento en una casa de solo tres pisos en el barrio de Belgravia… Exactamente, en el 44 de Eaton Place.

—Regresemos.

6

Debían de ser las ocho y media de la mañana cuando la muchacha de raza negra se detuvo delante del número 44 de Eaton Place, en Belgravia, Londres. Miró el número, asintió, y entró en el edificio, balanceando un maletín al mismo ritmo de sus hermosas caderas. Toda ella era hermosa: alta, esbelta, elegante, de grandes ojos negrísimos… Su peinado resultaba ciertamente llamativo: una gran melena negrísima, rizada profusamente en el más clásico estilo afro.

Se encontró en el amplio vestíbulo adornado con plantas y flores, muy acordes con el pequeño jardín de la fachada. Pero, todavía había otra puerta, de cristal, que estaba cerrada. Al otro lado, se veía el vestíbulo interior, un sofá y un par de sillones, una mesita… Se suponía que para entrar en el edificio la bella negrita tenía que pulsar uno de los timbres correspondiente a un apartamento, comunicarse con el ocupante de este, y entonces le sería abierta la puerta electrónicamente desde arriba.

Nada de esto sucedió. Simplemente, la negrita de espléndidas formas introdujo una varilla de acero en la cerradura de la puerta de cristal, la movió, empujó la puerta, y entró, con toda tranquilidad. Cerró la puerta, y se dirigió hacia las escaleras. Subió, sin hacer el menor ruido, al tercer piso, en el que, como en los dos anteriores, había solamente dos apartamentos. Era sin lugar a dudas un edificio elegante, serio y sobrio, que por supuesto tendría unos alquileres que no estarían al alcance de todos los bolsillos…

La negrita llegó ante una de las puertas, aplicó una orejita a la blanca madera, y estuvo escuchando unos segundos. Nada. Ni el más leve rumor al otro lado de la puerta. Miró con atención la cerradura, miró luego la varilla de acero que había utilizado para abrir la de abajo, y decidió no utilizarla. Optó por una ganzúa plana, que sacó de su maletín, y con la que, fácilmente y con suma delicadeza, abrió. Entro en aquel apartamento, cerró suavemente

tras ella, y quedó inmóvil.

Silencio.

Silencio absoluto.

Desde el fondo del apartamento llegaba un leve resplandor. Se acercó allí, sin hacer ruido. Ni el más mínimo ruido, pese a llevar altos tacones. El resplandor procedía de un ventanal cuyas persianas estaban ligeramente entreabiertas. Se acercó, y miró por ellas hacia la calle. Luego, ya acostumbrada a la penumbra, recorrió el apartamento. Era espacioso, cómodo, elegante, de buen gusto en todos los detalles. Constaba de un amplio recibidor, un pasillo, una salita amplia y acogedora, dos cuartos de baño, dos dormitorios, una cocina con servicio exterior… No había nadie allí, pero sí había señales de que estaba ocupado. Había trajes y otras prendas masculinas en el armario. Todo estaba en orden. Impecablemente en orden.

La negrita sacó del maletín un pequeño objeto metálico, una cajita en la que había una pequeña ventana de cristal, a través del cual se veía un pequeño cuadro indicador y una aguja. La negrita apretó un botón del aparato, y movió la mano, orientándolo hacia todos lados, recorriendo de nuevo todo el apartamento. El aparato no emitió la menor señal, ni la aguja se movió… Lo que indicaba que no había en todo el apartamento ninguna clase de instalación electrónica: ni micrófonos, ni grabadoras, ni emisor de señales… Nada. En lenguaje de espionaje, el apartamento estaba «limpio».

La negrita procedió entonces a registrarlo visualmente, con más detenimiento. No encontró nada que mereciese su especial atención. Convencida de que sería perder el tiempo insistir, dio el registro técnico y visual por terminado, y volvió a acercarse a la ventana. Se quedó allí, de pie, inmóvil, mirando hacia la calle.

Su paciencia parecía infinita. Pero no tuvo que esperar mucho. Cuando el coche se detuvo delante del edificio, la negrita miró su reloj de pulsera: las nueve y cuarenta minutos. Volvió a mirar hacia el coche. Europa se apeó, cerró el vehículo, y cruzó la tranquila calle, hacia el edificio, desapareciendo del ángulo visual de la hermosa negra. Esta se apartó de la ventana, fue adonde había dejado el maletín, lo abrió, y sacó lo que parecía un estetoscopio, pero de micrófono desusadamente grande. Fue a sentarse junto a la pared de separación con el apartamento de al lado, cruzó las

piernas, se colocó los auriculares en las orejitas, y aplicó el micrófono a la pared.

Segundos más tarde, oía perfectamente la puerta al abrirse en el apartamento contiguo y luego al cerrarse. Oyó con toda nitidez las pisadas de Europa desplazándose por el apartamento. Luego, el blando sonido… ¿Qué había hecho Europa…? Ah, sí, se había sentado en un sillón; se había dejado caer, más bien. Oyó su suspiro de cansancio. Luego, nada… Es decir, sí. El sistema auditivo de la negrita era tan perfecto que oía el tictac de un reloj de pared al otro lado, en el apartamento de Europa.

Un minuto.

Dos, tres, cuatro, cinco… Tictac-tictac-tictac… El rostro de la negra permanecía impasible, inexpresivo por completo. Sus grandes ojos iban mirando a todos lados, sus oídos estaban atentos al menor rumor en el apartamento contiguo, pero el señor Europa no se movía. Debía de continuar inmóvil en el sillón… ¿Se había dormido? Quizá le dolía todavía la cabeza, y estaba relajándose… Lo oyó rebullir en el sillón, y acto seguido sus pisadas. Solo cinco pasos… Oyó el sonido del auricular telefónico al ser descolgado, y acto seguido el girar del disco…

—Jeffrey, soy yo. ¿Alguna noticia de París?

— …

La voz de Europa la oía perfectamente, pero no la de su comunicante…

—Bueno, seguramente los amigos que ella mencionó eran particulares, así que París no debe de saber nada. Me gustaría saber que ella y Marty llegaron, pero no importa. De todos modos, si París te llamase para decirte que ella ha dado señales de vida por allí, llámame.

— …

—Eso es. ¿Cómo está la chica? ¿Algún problema?

— …

—Mejor. Es bueno que acepte que de momento tendrá que permanecer ahí sin comunicarse con nadie. Vigiladla bien, no sea que vaya a hacer alguna tontería. Las mujeres siempre hacen tonterías.

— …

—Ella es diferente —refunfuñó Europa—. Hasta luego.

El chasquido del auricular al ser colgado. Más pasos. Rumor de agua. Silencio. Más pasos. Leve crujir de un lecho… Europa se había tendido en la cama. Al parecer, no había pasado buena noche. ¿Todavía le dolía la cabeza? Quizás había tomado algún analgésico…

El tintineo de una llave en una cerradura.

Pero no en el apartamento de al lado, le pareció… La negrita retiró el ancho micrófono en forma de copa de la pared, y dirigió la membrana auditiva hacia la puerta del apartamento en el que estaba ella. El sonido fue clarísimo, llegó potente, nítido. La puerta del apartamento se abrió, se oyeron unos pasos, la puerta se cerró…

Silencio.

La, negrita se quitó los auriculares, y depositó el estetoscopio en el suelo, silenciosamente. Metió dos deditos en el escote, y sacó la pistolita de cachas de madreperla, con la que apuntó hacia la entrada a la salita.

Un paso. Otro paso. Silencio.

Silencio, silencio, silencio…

La negrita había contenido la respiración. Oía el latir de su corazón, lento y acompasado, poderoso, perfecto: cincuenta y seis pulsaciones por minuto, lo sabía muy bien. Bom-bom, bom-bom, bom-bom, latía el atlético corazón de la hermosa negra.

Pero pese a este potente latir interior que parecía resonar directamente en sus oídos, ella captó el levísimo rumor que rompía el silencio exterior. Hacía falta tener oídos privilegiados para percibir aquel rumor, pero la negrita los tenía.

Oyó el rumor levísimo. Luego, otra vez, el mismo rumor. Y otra vez…

La revelación de lo que significaba aquel rumor estalló de pronto en su mente:

—¡Se está marchando!

Se puso en pie de un salto agilísimo, veloz, y echó a correr hacia la salida del saloncito, produciendo entonces ella un inevitable rumor de pies descalzos en el suelo. Inmediatamente, en el recibidor del apartamento los ruidos de pies fueron más nítidos, más rápidos, alejándose.

La negrita apareció en el pasillo. Al fondo de este, cerca de la puerta, con la mano izquierda en el pomo y empuñando una pistola

con la derecha, estaba Winston, vuelto hacia el interior del apartamento. Lanzó un respingo al ver aparecer a la hermosa negra, extendió el brazo armado, y disparó, al mismo tiempo que lo hacía ella con su pequeña pistolita de cachas de madreperla.

Fueron dos disparos silenciosos, con leve diferencia de sonido. El de Winston sonó como un «plop», el de la negrita, como un «plop» mucho más suave, realmente apenas audible. La bala disparada por Winston crujió con seco restallido por encima de la cabeza de la negra. La bala disparada por esta mientras saltaba hacia atrás en busca de protección debió de llegar a destino, porque Winston lanzó una exclamación de dolor.

La negra ni siquiera pudo ver si realmente le había acertado y dónde, debido a su salto hacia atrás, regresando al interior del saloncito. Estuvo a punto de caer sentada, pero consiguió mantener el equilibrio con un increíble escorzo del flexible cuerpo. Hizo intención de asomarse al pasillo, siempre pistolita por delante, pero desde la puerta llegaron dos chasquidos más de la pistola de Winston; una de las balas pasó por delante de la entrada, la otra arrancó un puñado de astillas frente al rostro de la negrita.

Acto seguido, se oyó el golpe de la puerta del apartamento al ser cerrada. El primer impulso de la negra fue salir corriendo al pasillo para lanzarse en persecución de Winston, pero sus pies parecieron quedar súbitamente clavados al suelo… Era demasiado veterana para caer en una trampa tan ingenua… Pero generalmente tan eficaz como la que representaba fingir la huida y permanecer allí para dispararle a mansalva en cuanto apareciese…

Con gran cuidado, la negrita acercó la cabeza al quicio de la puerta, permitiendo que apareciesen sus cabellos.

No sucedió nada.

¿Y si Winston, realmente, se había marchado? Bien, no tendría demasiada importancia, pero prefería ser ella quien le cazase. Si todos sus temores eran fundados, debía cazarlo, y cuanto antes.

Y matarlo.

¡Tenía que matarlo!

De pronto, se lanzó fuera del saloncito, deslizándose por el suelo, y apareció en el pasillo apuntando hacia el recibidor, tensa, muy abiertos los ojos, buscando a Winston, presto su dedo para apretar el gatillo de la pistolita.

Winston se había marchado.

La negra corrió hacia la puerta, la abrió, y salió al descansillo, siempre con precauciones… Innecesarias. Abajo, oyó las pisadas apresuradas del hombre que huía. Sin vacilar, se lanzó escaleras abajo. Ya cerca del vestíbulo, pudo ver todavía los pies del hombre abandonando el edificio. En el momento en que ella llegaba al vestíbulo cerrado, Winston salía, y la puerta de cristal se cerraba tras él. La negra alzó la pistolita, y disparó.

La puerta reventó con terrible estampido, lanzando miles de pequeños trozos brillantes a todos lados. Fue como si miles de campanillas de cristal comenzasen a repicar a la vez, en un extraño estruendo musical.

Por entre el estallido de cristales, la negra todavía vio a Winston corriendo, alejándose, vuelto hacia la casa parcialmente, y disparando su pistola, lo que la obligó a permanecer en el vestíbulo, esperando el momento oportuno de salir. Aunque era indiferente, ya. Si no lo mataba ella, lo mataría Simón en cuanto Winston volviese a su coche, que, de acuerdo a las instrucciones de la negrita, el agente de la CIA debía de estar vigilando…

En el primer piso del edificio se oían voces alarmadas, y casi enseguida, más arriba. Una puerta batió, unos pasos comenzaron a sonar, descendiendo rápidamente, algo pesados, empero. La negrita dejó de prestar atención a lo que sucedía en el edificio, y salió de este, mirando hacia el coche de Winston. Lo vio allí. Pero no a Winston. Desconcertada, miró hacia la izquierda, y todavía pudo ver, fugazmente, al agente de la CIA, corriendo, desapareciendo enseguida por la esquina Un gesto de furiosa contrariedad apareció en el rostro de la negrita. Debía haber previsto aquello; debía haber tenido en cuenta la categoría mental del llamado Winston.

Todavía estaba indecisa entre correr o no en pos de los dos hombres cuando Europa apareció en el diminuto jardincito, demudado el rostro. Vio la pistolita en la mano de la negra que se volvió hacia él, y un súbito gesto de alarma apareció en sus facciones.

—No se asuste —jadeó ella—. De mí no debe temer nada.

—¿Quién es ust…?

No dijo nada más. Pareció que el timbre de voz de la negra llegase entonces a su consciencia. Su gesto de alarma fue sustituido

por otro de desconcierto, y enseguida, de asombro. Abrió la boca para lanzar una exclamación, pero la negrita se llevó un dedo a los labios. Por detrás de Europa, aunque tímidamente, llegaban más personas. Europa se volvió a mirar hacia el interior del edificio, las vio, y volvió a mirar a la negra, que estaba deslizando la pistolita en el escote.

—Subamos —dijo ella.

—Pero… pe… pero… no es posible…

—Todo tiene explicación.

La negrita caminó cuidadosamente ahora sobre los miles de diminutos cristales redondos en que se había convertido la puerta, y que crujieron bajo los pies de Europa.

Cuando ambos entraron en el vestíbulo, algunos vecinos los miraban asustados, impresionados.

—Ha sido un pequeño accidente —dijo la negra, sonriendo—… Por favor, vuelvan a sus apartamentos. Nosotros nos ocuparemos de solucionarlo. Por favor.

—¿Qué ha pasado? —Hizo caso omiso un hombre, que estaba en batín—. ¡La puerta…!

—Ya le he dicho que ha sido un pequeño accidente, señor. Lo arreglaremos inmediatamente.

—¡Voy a llamar a la Policía! —exclamó el hombre.

—Como usted guste, si tiene deseos de perder la mañana en explicaciones inútiles. Buenos días.

Tomó de un brazo a Europa, y fueron hacia el ascensor. Un minuto más tarde, entraban en el apartamento del jefe del espionaje norteamericano en Europa, que cerró, y se quedó mirando todavía con incredulidad a la negrita.

—Pero… ¡no es posible! ¿Baby?

—Sí, por supuesto.

—Pero…

—Vamos, reaccione —refunfuñó ella—. Ya debería estar convencido de que soy yo.

Europa se pasó las manos por la cara. Luego, con gesto fatigado, caminó hacia el saloncito, y se dejó caer en un sillón. La negra, que había ido tras él, se sentó en otro. Esperó a que Europa alzase la cabeza, y entonces le sonrió casi amistosamente.

—No crea que llevo un tinte sobre mi piel —explicó—.

Realmente, mi piel es negra ahora. Y todavía lo será durante un par de horas más. Todo es debido a un suero invención de Mc Gee, nuestro jefe de armamentos especiales en Langley. Al inyectarme ese suero, llamado *Blackcolor*, la piel adquiere una pigmentación negra, cuya duración depende de la dosis que me inyecte. ¿Comprendido?

—Sí… Creo que sí. Lo que no entiendo es lo que ha ocurrido.

—Apuesto —sonrió hoscamente la negrita— a que no sabía usted quién es su vecino del apartamento de al lado.

Europa miró hacia la pared de separación de apartamentos, y un gesto de perplejidad pasó por sus ojos un instante.

—Claro que sí. Un médico, me parece. Su nombre es Leonard Yates… Sí, su nombre está en los buzones. Se instaló aquí hace unos meses.

—Ese era el ruso que me dijo que podía llamarlo Winston.

—No —jadeó Europa—… ¡No!

—Sí. Y a poco que usted reflexione, sin duda llegará a la conclusión de que sus dolores de cabeza comenzaron cuando el doctor Leonard Yates llegó a instalarse en este edificio.

Europa parpadeó.

El jefe del espionaje yanqui en el viejo continente estaba desconcertado e inerme como un niño metido en terribles juegos de adultos.

—¿Qué quiere decir? —musitó por fin.

—¿Es o no es cierta mi suposición?

—Sí… Más o menos… Me parece que sí. Pero ¿qué tiene que ver el doct… ese Winston, con mis dolores de cabeza? Comprendo perfectamente que hayan podido instalarlo como vecino mío, pero no lo de los dolores de cabeza. ¡Maldita sea, debo de tener el apartamento lleno de micrófonos y de…!

—No. No hay nada. Puede estar seguro de que su apartamento está tan «limpio» como el de Winston…, por la sencilla razón de que él no necesita, ningún aparato de escucha: le basta con su cerebro.

—¿Qué? —Se pasmó de nuevo Europa.

Afuera se oyeron pasos. La negra sacó su pistolita, y apuntó hacia la puerta del saloncito tras oír cerrarse la del apartamento, que ella misma había dejado abierta…

Pero no había cuidado alguno: quien entró, todavía jadeante, y

con gesto enfurruñado, fue Simón, que miró la negrita, frunció más el ceño, e hizo un gesto de impotencia.

—Lo siento —masculló.

—No importa, Simón: lo encontraremos. Descanse un poco.

El espía miró a Europa, dijo «buenos días, señor», y se sentó en el sofá, procediendo enseguida a limpiarse la ligera transpiración de la frente con un pañuelo.

—Ha debido de esconderse en alguna parte —refunfuñó—… Es imposible que ese hombre sea más rápido que yo corriendo. Simplemente, me ha burlado.

—Ya le digo que no se preocupe —repitió la negra.

Se puso en pie, salió del saloncito, y poco después regresó ya calzada, y portando su maletín. Miró a Europa.

—Tiene usted un bonito apartamento, pero me temo que deberá olvidarlo para siempre. No por los rusos, que ellos ya le tienen identificado, sino por los vecinos. No es conveniente que después de lo ocurrido usted continúe viviendo aquí. Bueno, esa es mi opinión.

—Quizá podamos tomar una decisión al respecto si usted me explica claramente lo que ha ocurrido…, lo que está ocurriendo exactamente.

—Vamos al coche. Por el camino se lo explicaré todo.

—Por el camino… ¿hacia dónde?

—Hacia el chalé donde me tuvieron prisionera. Y démonos prisa, pues o mucho me equivoco o Winston tendrá que apresurarse mucho a realizar su siguiente jugada de seguridad.

—¡No entiendo nada!

—Por eso le he dicho —sonrió divertida la negrita— que yo se lo explicaré. Vamos.

7

—Muy bien —dijo Europa—. Estoy deseando escuchar esa explicación, Baby.

Ella asintió. Terminó de encender un cigarrillo, y por unos segundos quedó pensativa. Al volante del coche, Simón la miró por el retrovisor un instante. Luego, centró su atención en el tráfico. Baby ya le había dicho adónde tenían que ir, de modo que entre ellos no había más que hablar, por el momento. Pero sí entre Europa y Baby.

—La explicación esquemática —dijo de pronto la negrita—, es bastante simple…, aunque difícil de creer. Por medio de Lamont Todd lo localizaron a usted…

—Espere un momento. Antes que nada, dígame cómo localizó *usted a Winston.*

—Cuando Simón y yo estábamos cerca de París, regresamos. Llamé a un amigo mío del servicio secreto británico, y le pedí que investigase el 44 de Eaton Place, en Belgravia, lo cual hizo inmediatamente, y con la discreta elegancia del espionaje británico. El resultado fue que yo sabía antes de las tres de la mañana que usted tenía un vecino nuevo hacía unos pocos meses. Y fui a ese apartamento a esperarlo… Tal como había sospechado, era Winston.

—Pero… ¿cómo se le ocurrió eso?

—Pensando. Se me hacía muy cuesta arriba pensar que Lamont Todd era un traidor, y aún más cuesta arriba pensar que el traidor era usted. Le escuché mientras llamaba por teléfono apenas llegar a su apartamento; pero, claro, comprendí que había llamado a nuestros muchachos que están en lugar seguro con Emma Waldon. No, no podía ser usted el traidor, señor Europa.

Y sin embargo…, los rusos han estado obteniendo toda la información a través de usted.

—¡Pero qué dice…!

—Déjeme explicárselo a mi manera. Como le decía al principio usted fue localizado por medio de Lamont Todd. Inmediatamente, el servicio secreto soviético comenzó a trabajar, y consiguió instalar junto a usted a Winston. Ignoro por qué medios, pero eso lo iremos sabiendo a medida que encontremos a los anteriores inquilinos del apartamento vecino al de usted, y vayamos rastreando la falsa personalidad de Leonard Yates. Pero eso ya no tiene importancia… Es pura rutina, para nosotros. Lo que sí tiene importancia es el hecho de que fuese usted, y nadie más que usted, quien fuese facilitando toda la información a los rusos.

—Escuche —jadeó Europa—, le juro que yo nunca…

—Ya sé que no es un traidor. Pero, piensa demasiado.

—¿Qué?

—Que piensa usted demasiado —la negrita lo miró casi con simpatía—… No se censure por ello, Europa. Yo también soy una… viciosa del pensamiento, Cuando estoy sola, siempre pienso, y pienso, y pienso… Es lógico que usted, en su puesto de director europeo de la CIA, tuviese muchas cosas que pensar… Y todas esas cosas que usted pensaba, Winston las recibía mentalmente, en el apartamento vecino.

—No… No, no…

—Sí. Por eso, le pusieron cerca de usted. Al parecer, Winston está dotado de una gran capacidad receptiva…, y usted, sin darse cuenta, se comunicaba mentalmente con él. La telepatía puede realizarse a mucha distancia, pero supongo que dentro de ese campo debe de haber… limitaciones, y Winston tiene las suyas. Por eso, tras ser usted identificado y localizado, él se instaló como vecino. Cada vez que a usted le dolía la cabeza, era porque él estaba… *robando* sus pensamientos. Y la mente de usted, subconscientemente, luchaba contra eso, lo cual le ocasionaba no pocos trastornos que usted no podía comprender…, pero que me parece que ya va comprendiendo. ¿No es cierto?

Europa sacó un pañuelo, y se lo pasó por la frente. Estaba lívido.

—Sí… Creo que voy comprendiendo. Hasta ahora, todo eso de las comunicaciones mentales me parecía que… estaban en una fase de… experimentación más o menos avanzada.

—Esa experimentación está mucho más avanzada de lo que

nosotros creemos. Y no solo por parte de los rusos —la negrita sonrió secamente—… Como usted comprenderá, la CIA, también debe de estar utilizando ese sistema en determinados niveles políticos y militares. Lo sorprendente es que en la Central no pensasen que eso era lo que *podía* estar ocurriendo con usted en lugar de enviarme a mí a matarlo.

—A matar… ¿a quién? —Respingó Europa.

—A usted, naturalmente.

—¡No!

—Si yo hubiese sido la clase de agente que usted hubiese querido que fuese en las ocasiones en que hemos trabajado juntos, usted estaría muerto ahora.

—¡Por Dios…! —Europa parecía un cadáver—. ¡Ordenaron *mi muerte*! ¡En Langley ordenaron mi muerte!

—Es el sistema expeditivo del cual usted se ha mostrado partidario muchas veces, señor Europa. Debieron de pensar en todas las alternativas, antes de encomendarme ese… «trabajo». Pero no lo hicieron. Basándose en la más indiscutible lógica, solo usted, no Lamont Todd, podía ser el traidor.

El sudor se deslizaba ahora a chorros por el desencajado rostro del señor Europa. La barbilla comenzó a temblarle violentamente. Baby, comprensiva, le dio una palmadita en una rodilla.

—Incluso, si lo desea —musitó—, puede llorar. Por mí no se prive de ello. A veces, sienta bien. Estoy segura de que incluso Número Uno, en sus momentos de soledad, ha llorado muchas veces… Por eso no he querido estar siempre a su lado: porque sé que a él no le gustaría que yo le viese llorar. Como usted, él estaba entregando toda su vida a la CIA, y el pago que recibió en determinado momento fue un plan por el que se le sacrificaba[3]. El caso de usted, si lo estudia con detenimiento y sinceridad, aún es menos doloroso, ya que al ordenar la CIA la muerte de usted, se le suponía traidor, con aceptables evidencias. En cambio, Uno nunca fue traidor: se le quiso sacrificar por conveniencias «técnicas» del espionaje. Era el mejor hombre que jamás ha tenido y tendrá la CIA, pero se planeó su sacrificio… Lo de usted, a fin de cuentas, era… una ejecución por traidor. Usted debería comprender la postura de la Central, en su caso.

—Y lo comprendo —susurró Europa, que pareció serenarse de

pronto—… ¡Lo comprendo perfectamente!

—¿Y lo aprueba?

—Puesto que todo me acusaba como traidor…, yo mismo habría dictado esa sentencia de muerte.

—De acuerdo —dijo ahora fríamente la negrita—. Mejor para usted que lo vea así. Y mejor para usted que haya sido yo la encargada de atender este asunto. Por mucho que le pese, señor Europa, usted me debe la vida.

—Espero… poder pagar esa deuda alguna vez.

—¿Por qué no? La vida del espía da mil vueltas cada segundo Y yo ya he aprendido a no tener tanta soberbia como para despreciar la ayuda que me pueda prestar en determinado momento cualquiera, incluso personajes mucho más insignificantes que usted. Dejaremos las cosas así y seguiremos con la explicación. ¿Sabe por qué anoche le dolía la cabeza en el chalé?

—¿Winston estaba cerca?

—Exactamente. Escuche lo que pasó: Lamont Todd me citó, y ello dio lugar a que me capturasen. En el chalé al que me llevaron, me visitó Winston…, el cual leyó en mi mente dónde estaba usted. Conseguido esto, se fue en su busca, para estar cerca y continuar «robándole» pensamientos. Esta mañana, cuando usted volvió a su apartamento, él también lo hizo… Y nada más entrar, él supo que yo estaba allí dentro. No me vio, ni me oyó, ni vio señal alguna en la cerradura en el sentido de que alguien la hubiese forzado para entrar… Simplemente, Winston supo que yo, o alguien, estaba esperándole. Por eso pudo escapar.

—Parece increíble… ¡Menos mal que usted pudo escapar anoche de aquel chalé adonde la llevaron prisionera…!

—Se equivoca. Yo no pude escapar: *ellos* me dejaron escapar.

—¿Qué…?

—Todo estaba planeado así: la calefacción en marcha, abrir la ventana, simular que se desentendían de mí para violar a Emma Waldon… Todo.

—¡Pero querían enviarla a Rusia, usted misma lo dijo!

—Ellos dijeron que querían enviarme a Rusia. Pero… ¿de qué les serviría yo en Rusia? Muy bien, sabrían quién era Baby, me presionarían de mil maneras hasta conseguir toda la información mundial que yo pudiera darles, y luego, posiblemente, me matarían.

Y luego, ¿qué?

—No sé… ¡Habrían eliminado a Baby!

—Según parece, señor Europa, usted también es de los que matarían la gallina de los huevos de oro para ver qué tiene dentro el animalito.

Europa quedó desconcertado un instante. Luego, lanzó una exclamación.

—¡Querían que usted escapase, para… para poner a alguien cerca de usted, como hicieron conmigo!

—Exactamente. En estos momentos, Winston sabe perfectamente quién es la agente Baby. ¿Matarme? ¡Sería absurdo! Lo que querían ellos era que yo escapase, simplemente. De este modo, no solo informaba de todo el asunto, acusando a Lamont Todd como traidor y por tanto alejando las sospechas de la CIA sobre usted, a fin de continuar «robándole» pensamientos, sino que en lo sucesivo, también podrían ir haciendo lo mismo conmigo. En todo momento estaría controlada, vigilada, y de este modo, la agente Baby sería para la MVD una fuente constante de información de espionaje de altísimo nivel. Igual que usted, claro está. Para eso, montaron toda la farsa, utilizando a Lamont.

—Si no hubiese sido por ese traidor…

—No, no, no… Por Dios, aún no lo entiende usted, Europa: ese pobre muchacho jamás ha sido traidor.

—Usted misma ha dicho… usted misma ha dicho que fue por medio de él que me localizaron a mí…

—Sí, pero no porque Lamont lo delatase. Fue Emma Waldon la que lo hizo, tras «robar» los pensamientos de Lamont Todd, y *traspasarlos* a Winston. Una vez sabido quién era Europa y dónde estaba, Winston se instaló junto a usted con el nombre de Leonard Yates. Ya tenían dos mentes controladas: la de Lamont y la de usted.

—¿Eso significa… que Emma Waldon… es una espía rusa?

—No es rusa. Es británica, todo su historial es auténtico… Pero en determinado momento, Emma Waldon fue… entrevistada por personal soviético adecuado, que le hizo las pertinentes proposiciones. No olvide que Emma trabaja en una empresa de producción electrónica. Nunca se sabe qué se puede inventar, y el espionaje industrial también rinde buenos beneficios. Pero, en realidad, lo que interesaba de Emma era su capacidad… receptiva y

emisora mental. En mi opinión, cuando los rusos iban a la caza de colaboradores, se fijaron en ella precisamente porque sus expertos la seleccionaron en ese sentido. Y ella aceptó ser una espía para Rusia. Pero no por dinero. O al menos, no por demasiado dinero, que sabía que no podría gastar, ya que habría llamado la atención. Debieron de ofrecerle algo más importante.

—¿Más importante? ¿El qué?

—Cada vez más —murmuró la espía internacional—, el ser humano está concediendo mayor importancia al poder de la inteligencia. Hoy, todos los jóvenes tienen ideas y aspiraciones personales mucho más importantes, según ellos, que jugar al rugby o escribir música. El poder, saberse fuertes y poderosos mentalmente, les fascina. Quieren ser importantes *ya mismo*. Estudian, intervienen en política, en grupos reivindicativos… Quieren ser significativos en la sociedad. Emma Waldon debe de ser una de esas jóvenes…, y cuando se le ofreció la oportunidad de desarrollar su capacidad mental, su inteligencia, su poder de percepción, convertirse en una telépata, en una receptora de pensamientos, aceptó. Seguramente, ella se ve, en el futuro, como un personaje de la más alta importancia mental, aunque sea en Rusia. Y como ella, muchos jóvenes, y no tan jóvenes, que aceptan salir de la mediocridad mental a cambio de prestar servicios que, por otra parte, incluso puede que apoyen sus propias ideas políticas y sociales. ¿Dinero? ¡Para muchas personas, hay cosas mucho más importantes que el dinero! Yo misma, y pese a que no he podido evitar tener muchísimo dinero, jamás le he hecho demasiado caso. Nunca me han impresionado los diamantes, ni el oro, ni los abrigos de visón… Lo uso todo, pero no me impresiona, en el fondo no me interesa. Me interesa más mi propia persona, el desarrollo de mi personalidad, de mi capacidad humana, de mi superación constante. ¡Eso sí es importante!

Estaban ya muy lejos del centro de Londres. Dentro del coche se hizo un prologando silencio. Simón, de cuando en cuando, miraba por el retrovisor a su jefe directo y a Baby.

Eso era todo.

Por fin, Europa musitó:

—Pero si Lamont no es un traidor… ¿por qué se lo han llevado a Rusia? —Respingó, de pronto, y volvió a palidecer—. ¿O no se lo

han llevado?

—Yo creo que no. Creo que lo han matado. Y eso es precisamente lo que vamos a comprobar. Cuando los dos rusos entraron en el coche en el que Simón-Lamont me había recogido, dijeron muy rápidamente: «Buen trabajo, Todd: ¡por fin la tenemos!». Luego, me golpearon. Y la siguiente noticia que yo tuve de Lamont fue que ya había partido hacia Rusia, tras haber vendido a Baby, su último gran servicio en Occidente.

—¿Y cómo sabe que realmente no ha sido así?

—Por todo lo demás. Mi fuga me pareció muy fácil… Claro que está la «violación» de Emma Waldon, pero eso debió de ser… divertido para ella. Entiéndalo: ¡estaba engañando a la agente Baby, la espía más importante del mundo, según debieron de decirle! Así que, jugó a la violación con sus amigos rusos. Y lo hizo muy bien, francamente. Pero los rusos no son tan bestias, amigo mío, los conozco muy bien. Claro que pueden hacer barbaridades, como nosotros, pero en determinados momentos y circunstancias, no así, en frío. Estaban esperando un helicóptero para llevarme a un avión que debería trasladarme a Rusia, y se ponen a violar a una muchacha… ¡Vamos, vamos…! Si la hubiesen matado, quizá me lo habría creído todo. Pero… ¡violarla! Todo estaba encaminado a convencerme a mí de que lo que se me ofrecía era verdad, a fin de que cuando escapase, no desconfiase de nada. ¿Y qué ocurriría? Usted seguiría bajo control pensando que el traidor había sido Lamont Todd, y punto. Yo sería controlada muy pronto, y me constituiría en una fuente inagotable de información para la MVD. Emma Waldon, protegida por la CIA, quizás incluso podría introducirse en esta… Pero ¿y Lamont Todd? Lamont Todd fue asesinado, simplemente. Ya no lo necesitaban absolutamente para nada.

—Pero… usted podría… podría estar equivocada…

—Ciertamente —asintió Baby—. Pronto saldremos de dudas a ese respecto, si no encontramos el cadáver de Lamont Todd antes del anochecer. Tenemos todo un día para buscarlo.

—Buscarlo ¿dónde?

—Cerca del chalé donde estuve prisionera. Dos de los rusos salieron de la casa por un buen rato. ¿Qué estuvieron haciendo? Pues, enterrando a Lamont, que antes de que yo recuperase el

conocimiento durante el viaje había sido llevado al coche de los rusos, y asesinado… Lo enterraron, y volvieron a la casa. Poco después, ¡qué casualidad!, fue cuando llegó Winston. Pero ni él ni los otros pudieron pensar que yo me había fijado en pequeñas manchas de tierra en las ropas de los dos rusos que habían salido del chalé… La verdad es que, lamentablemente, no tengo muchas dudas acerca de la muerte de Lamont Todd.

—Si encontramos su cadáver, querrá decir que… que todo lo que usted ha dicho es cierto, es absolutamente exacto. ¿No es eso?

—Sí.

—¿Y si ya se lo llevaron después que usted escapó?

—He pensado en eso, pero no lo creo. Puesto que mi fuga estaba prevista, es evidente que pensaban dejar allí el cadáver de Lamont sea cual sea el sitio elegido. Claro, todo ello, basándose en que yo no iba a sospechar la verdad ni remotamente, y que por tanto jamás buscaría el cadáver de Lamont cerca de aquel chalé. Ahora, las cosas son diferentes: Winston sabe que yo me he… encarrilado por el camino de la verdad, y por poco que respete a una espía que lleva tantos años burlando enemigos de todas clases, él tiene que comprender que si yo le estaba esperando en su apartamento es porque he pensado mucho y bien… Por lo tanto, quizás envíe a recoger el cadáver de Lamont. Si no lo hace, si yo encuentro ese cadáver, Winston sabe que todo su juego estará descubierto.

Al volante, Simón lanzó un resoplido de admiración que era casi incredulidad.

—¡Qué barbaridad! —exclamó—. ¡Esto es una lucha de cerebros!

—Más o menos —sonrió la negrita.

—Pero usted tiene las de perder —se sobresaltó Europa—… ¡Winston sabe quién es la agente Baby, y escapará, la delatará en Moscú…! ¡Quizá *ya lo ha hecho*!

Baby negó con un gesto.

—No lo ha hecho todavía —aseguró.

—¿Cómo puede usted saber eso?

—Si yo encuentro el cadáver de Lamont Todd, todo el juego de Winston se vendrá abajo. Él lo sabe. Y ese hundimiento significaría un gran fracaso para él. Un terrible fracaso. ¿Cómo puede… suavizar un poco tal fracaso a su llegada a Moscú?

—Informando en el Directorio de la MVD quién es Baby.

—Exactamente. Ese será el mejor equipaje de Winston para si regreso a Rusia. Y no va a ser tan tonto de enviarlo por anticipado… No, todavía no me ha delatado: es su carta única para salvar un juego arruinado. Si se le ponen las cosas difíciles para salir de Gran Bretaña, y no digamos para cruzar toda Europa hasta Rusia, él siempre podrá enviar mensajes a sus superiores: «atención, camaradas, sacadme de este lío y os diré quién es Baby…, lo cual no podría deciros si no llego vivo a Moscú»… No, Winston todavía no me ha delatado. Soy su carta triunfal. En cuanto a mí, si ese hombre se me escapa, si parte hacia Rusia…, no sé qué será de mí, de mi vida, de mis amigos, de todo cuanto se relaciona conmigo… Sin lugar a dudas, Baby habrá terminado.

Se hizo de nuevo un largo silencio. Estaban ya circulando fuera de Londres, por el campo. Era un día soleado, pero tristón, como si el sol estuviese agonizante.

—Aunque encontremos a Lamont —susurró Europa—, eso no significa que encontremos también a Winston. Él podrá escapar. Debe de tenerlo todo previsto para una ocasión así.

—Yo también lo tengo todo previsto —dijo la negrita—. Si encontramos a Lamont Todd, jugaré mi siguiente carta.

—¿Y qué carta es esa?

—A veces, las mejores cartas, las que mejor nos van a nuestro juego, son las que tiene el contrario, precisamente. ¿Nunca ha reparado en ello?

—Bien… Sí, quizá. ¡Francamente, no sé qué quiere decir!

—Es evidente que Winston tiene un buen cerebro, con cualidades especiales. Y también, aunque imagino que en tono mucho menor, Emma Waldon tiene un buen cerebro. El de Winston debió de ser… desarrollado en cualquier escuela especial de Rusia. ¿No sabía usted eso?

—¿Lo de las escuelas mentales? Sí…, pero la verdad es que en ningún momento se me ocurrió que yo pudiese estar dentro de ese juego.

—Pues ya ha visto que sí. Igual que en Estados Unidos, en Rusia hay escuelas especiales para todas estas… materias: parapsicología, telepatía, y cosas así. Sabemos que desarrollan personas que cumplirán servicios como «mediums», es decir, como cerebros-

puente entre otros cerebros; sabemos que, mediante técnicas de desarrollo, están perfeccionando personal telépata, emisor, receptor… Seguramente, ni siquiera ellos mismos saben hasta dónde y en qué sentido puede ser desarrollada la mente humana. Pero lo están haciendo, tanto en Rusia como en Estados Unidos…, y quién sabe en cuántos sitios más. Sí, evidentemente, los rusos disponen de personal cuyos niveles mentales son altísimos…, pero yo no soy precisamente un cerebro de corcho, señor Europa.

—Bien, ya sabemos eso, pero…

—No hace mucho —sonrió de pronto Baby—, y también caracterizada como una negra, estuve caminando sobre piedras al rojo vivo[4]. No lo dude: lo hice. ¿Y sabe cómo?

—¿Cómo?

—Utilizando mi mente, simplemente. A mí no me sorprenden determinados poderes, puesto que tengo los míos propios, y sé que puedo conseguir cosas increíbles para una persona común. A lo largo de mi vida, he conocido los más extraños personajes y situaciones, y no he tenido más remedio que adaptarme a todo…, lo que significa que, a veces sin darme cuenta, e incluso contra mi voluntad, he tenido que aprender muchas cosas. No tiene por qué ser diferente esta vez… Si se ha puesto en marcha definitivamente una nueva promoción de espías, yo formaré parte de esa promoción. Puedo adaptarme al juego, se juegue como se juegue este.

—Me parece que estamos ya muy cerca —murmuró Simón.

8

Efectivamente, muy poco después, y tras unas últimas instrucciones por parte de la todavía negra agente Baby, avistaron el chalé. Por indicación de Brigitte, Simón detuvo el coche, y los tres se quedaron mirando hacia la casita aislada; a un lado, se veía el bosquecillo de pinos hacia el cual había escapado Baby. Alejadas, se veían otras casitas parecidas, y más grupos de pinos.

—No será fácil encontrar a un hombre enterrado por aquí —musitó Europa.

—Y si realmente está —añadió Simón—, deben de haberlo enterrado muy bien. Sería tonto que nos engañásemos a nosotros mismos: los rusos saben hacer las cosas.

—Nosotros también —dijo, sosegadamente Brigitte.

—Todo parece muy tranquilo —dijo Europa.

—Hemos reaccionado muy deprisa. Winston ha tenido que escapar, y avisar a sus camaradas de las promociones normales de espías. Es muy posible que estén a punto de llegar.

—En cuyo caso, nos verían registrando el terreno en busca de esa hipotética tumba.

—No —sonrió la negrita—. Ya le he dicho que también nosotros sabemos hacer las cosas. Simón, busque un buen sitio, alejado de la casa, donde pueda quedar escondido el coche.

El agente de la CIA encontró pronto el lugar conveniente: otro de aquellos grupos de pinos, entre los cuales quedó escondido el coche. Luego, a pie, los tres se dirigieron hacia el chalé. Cuando llegaron a este, encontraron la puerta cerrada, pero Brigitte resolvió la pequeña dificultad rápidamente con una de sus ganzúas. Entraron, y, por simple impulso profesional, efectuaron un registro de la casa; registro que, como Baby había previsto, no aportó ninguna información ni ayuda de ninguna clase.

Los tres sabían que, por mucho que investigasen aquella casa y

todo lo concerniente a ella, no llegarían a ninguna parte. En determinado momento, toda pista quedaría cortada, simplemente.

—¿Qué hacemos? —preguntó Simón.

—Esperaremos —dijo Brigitte, tras mirar su relojito.

Europa y Simón, en silencio, sacaron sus pistolas y las examinaron brevemente. Brigitte no dijo nada; se acercó a la ventana, y se quedó allí, de pie, mirando hacia el exterior. De pronto, fue al sillón donde había dejado su maletín, abrió este, y sacó los elementos que componían el tubo-fusil especial: el pequeño trípode de aluminio, el secador del cabello… Lo ensambló todo, pieza a pieza, sin prisas. Luego, introdujo por la boca una pequeña cápsula de tono plateado, dejó el tubo-fusil sobre el maletín, y volvió ante la ventana. El silencio era total.

Casi una hora más tarde, nada había sucedido. Es decir, nada fuera de la casa, pero sí dentro. Con no poco asombro, Europa y Simón fueron viendo cómo, lentamente, la negra piel de la espía se iba aclarando, hasta que quedó de su tono normal, dorado por el sol. Pero ninguno hizo comentarios. Ni siquiera cuando Brigitte sacó de su maletín una botellita de loción, con la que se roció el cabello, que luego peinó distraídamente con el cepillo; cepillo dentro del cual estaba el agudo estilete de acero…

Cuando terminó, y se quitó las lentillas de contacto de color negro, los dos hombres pudieron ver a Brigitte Montfort al natural: grandes ojos azules, boquita sonrosada, cabellos negrísimos que parecían azulados, suavemente ondulados…

El coche apareció cuando hacía apenas cinco minutos que la espía internacional había vuelto a colocarse junto a la ventana. Ella hizo una seña, y los dos hombres se acercaron; con las mismas precauciones que ella, miraron hacia el exterior.

El coche se había detenido a casi doscientos metros, pero nadie se apeaba.

—Están indecisos —susurró Simón—… Desde luego, no las tienen todas consigo.

—Suponiendo que sean ellos —murmuró Europa.

En aquel momento, un hombre se apeó del coche, y, apenas verlo, Brigitte dijo:

—Lo son.

El hombre caminó unos pasos, alejándose del coche, mirando a

todos lados. Volvió al vehículo, y durante un par de minutos permaneció dentro.

—Están conferenciando —dijo Simón.

El hombre volvió a salir del coche, y caminó alejándose todavía más. Volvió ante el volante, y segundos más tarde el coche reanudaba la marcha…, pero no hacia la casa, sino hacia el bosquecillo de pinos. En la linde de este, volvió a detenerse. El hombre se apeó, pero esta vez no ya solo. Tres hombres más salieron del vehículo, y todos fueron hacia la parte de atrás. La tapa del maletero fue alzada, y los cuatro hombres sacaron herramientas: dos palas y dos picos.

Europa, pálido como un muerto, miró a Baby, cuyo rostro parecía de cera, inexpresivo.

—Lo hicieron —jadeó—… ¡Lo hicieron, tienen enterrado a Lamont por aquí, y ahora van a desenterrarlo!

—Vamos a por ellos —dijo Simón, con voz ahogada por el odio… ¡Vamos a por esos asesinos!

—No —negó Baby, con voz sin inflexiones—: esperaremos a que desentierren a mi Simón.

Los dos hombres la miraron de nuevo, escrutándola. Parecía que no hubiese reacción ni sentimiento alguno en Baby, pero los dos sabían que no era así. Ella estaba mirando a aquellos hombres que, fríamente, para llevar adelante un plan, habían asesinado a un agente de la CIA llamado Lamont Todd…, a un Simón. La suerte de aquellos asesinos estaba echada, lo sabían perfectamente.

Los vieron alejarse del coche, hacia el interior del bosquecillo. En el silencio del campo, de alguna parte, llegó el canto de un pajarillo. Brigitte esperó a perder de vista a los cuatro rusos. Luego, fue a recoger el tubo-fusil, y miró a sus compañeros de la CIA.

—Saldremos por una ventana de atrás —murmuró.

No fue en absoluto complicado. Ocultándose, fueron acercándose al bosquecillo, hasta que estuvieron lo bastante cerca para oír, con sorprendente nitidez, los golpes de las herramientas contra la tierra, y los resoplidos de los hombres que cavaban en ella. Brigitte señaló hacia el coche de los rusos, y miró a Simón, que asintió y se deslizó hacia el vehículo… De nuevo, en alguna parte, volvió a cantar un pajarillo. Eso era todo. Brigitte miró ahora a Europa, e hizo un gesto con un dedo, como rodeando el lugar donde

se oían los golpes contra la tierra. Europa asintió, y se deslizó silenciosamente para dar el rodeo que le colocaría detrás de los agentes soviéticos.

Por su parte, la divina espía caminó directa hacia el bosquecillo, en el que penetró con el natural sigilo de una pantera. No hacía el menor ruido, no movía ni una mata, parecía que sus pies ni siquiera tocasen el suelo.

Finalmente, llegó detrás de unas espesas matas que tenían bolitas rojas. Desde allí, vio a los cuatro hombres. Dos de ellos estaban ya hundiendo las palas en la tierra, mientras los otros dos, relucientes sus rostros de sudor, permanecían apartados, apoyados los picos en el suelo. La tierra crujía, y era lanzada a un lado, sobre la gran mata arrancada bajo la cual, indudablemente, había sido enterrado Lamont Todd.

Y de pronto, uno de los rusos dejó la pala, se inclinó, agarró algo, y tiró hacia arriba. Apareció un brazo, del que se desprendió una pequeña lluvia de tierra. El otro ruso que había estado manejando también una pala ayudó a su compañero, tomando de la otra mano a Lamont Todd, y tirando hacia arriba. Apareció la cabeza, y el torso… Brigitte Montfort cerró los ojos un instante. Cuando volvió a mirar, estaban arrastrando fuera de la tumba al espía norteamericano, que parecía una figura de tierra…, y que era un ser humano, de carne y hueso, rebozado en tierra, simplemente. Fue dejado a un lado, y luego los cuatro rusos se aplicaron velozmente a disimular la fosa, colocando de nuevo la tierra y la gran mata. Brigitte permanecía inmóvil.

Y así estuvo hasta que los rusos hubieron terminado todo el trabajo. Uno de ellos se hizo cargo de todas las herramientas, y los otros tres se acercaron al cadáver de Lamont Todd, colocándose dos en la parte de la cabeza y uno a los pies.

Justo en el momento en que se inclinaban para agarrarlo y trasladarlo hacia el coche, la espía internacional apareció por detrás de las matas, apuntándoles con el tubo-fusil.

—No lo toquen más —dijo fríamente—… Nosotros nos encargaremos de él.

Los rusos quedaron petrificados tras el colectivo respingo de gran sobresalto. Sin variar sus posturas, los cuatro estaban mirando a la hermosísima mujer, en cuyo lívido rostro destacaban los

grandiosos ojos azules, fríos como hielo.

—Colóquense de espaldas a mí, saquen sus armas, y tírenlas lejos, por encima de sus hombros.

Los cuatro rusos suspiraron. Los tres que estaban inclinados se irguieron.

Las miradas de los cuatro hombres fueron velozmente de un lado a otro. No se veía a nadie. Solamente, una mujer, empuñando una pequeña y absurda arma. Y esto fue lo que tuvieron en cuenta, en lugar de recordar que aquella mujer era la agente Baby…

El que sostenía las herramientas las dejó caer, de pronto, y saltó hacia un lado agilísimamente, llevando la mano hacia su axila. Los otros tres parecieron recibir una descarga eléctrica al moverse su compañero, y también reaccionaron velozmente, separándose, llevando las manos en busca de la pistola.

Fuuuúmmmm…, sonó apagadamente el tubo-fusil.

La pequeña cápsula de explosivo acertó de lleno en el pecho a uno de los rusos, tirándolo de espaldas, destrozado; y la potencia de la explosión fue tal que el que estaba más cerca la recibió también de lleno, reflejada en el tórax de su compañero; saltaron como muñecos, separándose debido a la explosión producida entre ellos, reventadas sus ropas, al aire sus cabellos…

¡Crack!, crujió una bala, por encima de la cabeza de Brigitte, que se había dejado caer inmediatamente de rodillas, salvando así la vida… El ruso que había disparado se disponía a hacerlo nuevamente, desencajadas las facciones, desorbitados los ojos…, mientras el cuarto ruso optaba por correr, alejándose a toda prisa.

El ruso ni siquiera llegó a disparar por segunda vez, porque antes de conseguirlo, y mientras Brigitte sacaba velozmente su pistolita de entre los senos, Europa apareció por un lado, disparando… La cabeza del ruso pareció explotar, y el hombre cayó de lado violentamente, lanzando su pistola hacia arriba con sorprendente fuerza. Brigitte apuntó su pistolita hacia el ruso que corría, y disparó, al mismo tiempo que lo hacía de nuevo Europa.

Plop, plof…

Más allá, el ruso lanzó un grito de dolor, pero continuó corriendo, quedando fuera del alcance de las pistolas de Europa y Baby.

—¡Simón! —gritó esta—. ¡El coche!

—¡Descuide! —Le llegó la voz del agente de la CIA—. ¡No va a escapar!

Baby corría ya hacia el coche, seguida por Europa, que pasó, demudado, junto al rebozado cuerpo de Lamont Todd… Los dos vieron al ruso en el momento en que disparaba contra Simón, que había aparecido por su izquierda, disparando a su vez… El ruso dio un tremendo salto de campana, cayó de cabeza, y quedó inmóvil, mientras Simón, lanzando un grito, caía sentado, y acto seguido, de espaldas.

—¡Simón…! —gritó Brigitte.

El espía se sentó inmediatamente. Tenía el rostro demudado, pero movió una mano hacia ella, y hasta intentó sonreír.

—¡No se preocupe, ha sido en una pierna nada más!

Baby llegó, jadeante, unos segundos antes que Europa, y se arrodilló ante Simón, que señaló el agujero enrojecido en su pierna, entre la rodilla y la cadera.

—No es nada —aseguró—… No es nada, de veras.

Aprovechando el agujero de la bala en el pantalón, Brigitte rasgó este, y tiró a un lado el trozo de tela. Se quedó mirando la herida, lanzó un suspiro, y asintió. Miró a Europa.

—Vaya a la casa en busca de mi maletín —pidió—… Luego, vaya a buscar nuestro coche. Y después, meta en el bosquecillo el de los rusos.

Europa trajo el maletín, en el que Baby disponía de material para una primera cura, que resultó fácil y limpia. La bala no había interesado el hueso, así que seguramente no habría problemas. Mientras Brigitte vendaba la pierna de Simón, Europa trajo los dos coches. Dejó el de ellos en la linde del bosquecillo, pero metió en este el de los rusos. Para entonces, ya Brigitte estaba en condiciones de ayudarle a meter dentro de este coche a los cuatro rusos, dos de los cuales, y especialmente el que había recibido de lleno el impacto de la cápsula, estaban destrozados… Desde lejos, algunas personas que habían salido de los diseminados chalés, miraban hacia el bosquecillo. Europa las señaló.

—Seguro que alguien habrá avisado a la Policía. No se atreven a venir ellos mismos a ver qué pasa, pero habrán avisado a la policía.

—No se preocupe por eso. Lo que tenemos que hacer es marcharnos antes de que lleguen. Y ya en Londres avisaré a mi

amigo del servicio secreto británico para que atienda esto. Él lo arreglará todo.

—¿Podrá ese amigo suyo solucionar…?

—Es John Pearson, o si lo prefiere, Fantasma.

—Podrá —asintió Europa.

—Ayude a Simón a llegar al coche, y venga a ayudarme para trasladar a Lamont Todd.

Mientras los dos hombres se dirigían hacia el coche, Baby fue a donde yacía Lamont Todd, sucio de tierra. Se arrodilló junto a él, y retiró la tierra que ocultaba sus facciones, cuidadosamente, con ambas manos, como si temiera lastimarlo… Ni siquiera se habían molestado en cerrarle los ojos, y cuando Brigitte intentó hacerlo, no pudo conseguirlo. Los párpados parecían de goma, que volvía siempre a su sitio. Brigitte desistió de conseguirlo, y se quedó mirando el rostro rígido y sucio, como los abiertos ojos.

Cuando Europa llegó para ayudarla a cargar el cadáver en el coche, vio las lágrimas que se deslizaban silenciosamente por el rostro de la agente Baby.

* * *

Bajo la atenta mirada de Baby, el médico de la CIA, llegado de Londres a la granja situada en la bucólica campiña lejos de la capital, procedió a atender la herida de Simón.

En efecto, la bala no había tocado el hueso, por lo que las complicaciones serían mínimas. El médico durmió a Simón con una inyección antes de proceder a la cura.

—No dormirá ni quince minutos —aseguró—. Y cuando despierte ya estará desinfectado y vendado.

Así fue. Cuando Simón despertó, todo había pasado, y se hallaba confortablemente instalado en la cama de una de las habitaciones de la granja. El médico había recogido ya sus cosas, y estaba junto a él, mirándolo expectante.

—¿Qué…? —preguntó Simón—. ¿Qué pasa? ¿Me curan o no?

—Ya está hecho —sonrió el médico—. ¿Cómo se siente?

—Perfectamente. ¿Ya está? ¡No he sentido nada!

—Esa era la cuestión. Volveré esta noche, salvo que me necesiten antes. Aunque no creo que ocurra, siempre cabe temer

alguna pequeña hemorragia.

—Me encuentro muy bien —aseguró Simón.

—Más vale así. Hasta la noche.

Brigitte acompañó al médico hasta su coche, lo vio emprender el regreso a Londres, y volvió dentro de la casa.

Emma Waldon estaba en el saloncito, sentada en un sillón, fumando. Su expresión era triste, ausente. Había visto el cadáver de Lamont Todd mucho antes, y su reacción había sido tan perfecta que incluso Baby tenía sus dudas respecto a las teorías que había elaborado sobre la muchacha. Pero no era todavía momento de ocuparse de esto, así que regresó a la habitación donde había sido instalado Simón.

—Pearson no llama —murmuró Europa.

—Ya llamará. ¿Está preparada la camioneta, Simón?

La pregunta iba dirigida a Simón-Londres, que se había encargado de «empaquetar» debidamente a Lamont Todd. Un gran paquete, que esperaba en la camioneta el momento de ser trasladado al aeropuerto, para emprender el viaje de regreso a la patria. Solo que, como tantos otros Simones que Brigitte Montfort había conocido, aquel regreso sería prácticamente directo al cementerio de la localidad en la que, treinta y cuatro años antes, había nacido Lamont Todd.

—Todo está a punto —asintió Simón-Londres—. Podemos partir cuando usted guste.

La divina espía echó un vistazo a su relojito.

—Esperaremos la llamada de Pearson. No creo que tarde mucho.

John Pearson, alias Fantasma, el viejo amigo de Baby, el eficacísimo espía británico de acción, que desde hacía algún tiempo ocupaba un alto cargo en la dirección del espionaje inglés, llamó apenas veinte minutos más tarde. Uno de los agentes de la CIA que estaba en el saloncito con Emma Waldon apareció en el dormitorio, señalando con el pulgar por encima del hombro.

—Preguntan por Baby —murmuró.

Segundos después, muy cerca de Emma, Brigitte atendía la llamada.

—¿Sí?

—…

—Gracias, John.

—¿…?

—Nada más, por el momento. ¿Has tenido alguna complicación?

—…

—Me alegro. No sé si podremos vernos, para darte una explicación detallada, a fin de que termines el problema como mejor corresponda. Si yo no pudiese hacerlo personalmente, lo haría Simón-Londres… Supongo que lo conoces.

—…

—Sí. Bien, gracias de nuevo. Hasta siempre, John.

Colgó, quedó pensativa, y finalmente se sentó en un sillón frente a Emma Waldon, que la miraba con los ojos muy abiertos. Baby encendió un cigarrillo, como olvidada de la presencia de la muchacha. De pronto, la miró fijamente.

—Tengo que marcharme —dijo—… Espero que haya comprendido que sería una imprudencia marcharse de aquí, Emma.

—Sí… Lo he comprendido.

—Aquí estará bien protegida, hasta que consideremos que ha llegado el momento de tomar una decisión respecto a usted.

—Gracias…

La mirada de Brigitte Montfort permanecía fija en los ojos de Emma Waldon. Ya no dijo nada más. Solamente la miraba, fijamente, como queriendo perforarla con la mirada. Y en la mente de Brigitte Baby Montfort se formaron estos pensamientos:

«Sé que nos estás engañando, Emma Waldon… Lo sé seguro, pero ahora no tengo tiempo ni ganas de ocuparme de ti como corresponde. Ahora tengo que enviar a casa el cadáver de uno de mis muchachos…, pero cuando haya hecho eso, volveré a por ti. ¡Y yo te enseñaré parte de los riesgos de ser espía con los que no has contado! Te haré pedazos, maldita… Te arrancaré los ojos con mis propias manos…».

Pero mientras pensaba esto, Brigitte había conseguido ofrecer una amable sonrisa a Emma, finalmente, diciendo:

—No tiene por qué darlas, querida. Usted amaba y era amada por Lamont, y eso es suficiente para mí. Nos ocuparemos de usted, ya lo verá.

«¡Y tanto que nos ocuparemos, cerda!», pensó intensamente.

Se había dado cuenta perfectamente del cambio en la expresión de Emma, pero pareció que no era así. Se puso en pie, fue en busca

de Simón-Londres, se despidió del Simón herido con un beso en los labios, y, un minuto más tarde, Baby se alejaba de la casa, en la camioneta que conducía Simón y llevando atrás, «empaquetado», a Lamont Todd.

Dentro de la granja, sentada en el sillón como atornillada a este, Emma Waldon todavía no se había recuperado de su espanto. Había leído perfectamente los pensamientos de aquella mujer cuyos hermosísimos ojos azules parecían convertirse en trozos de hielo en ocasiones.

«Lo sabe —estaba pensando Emma Waldon, aterrada—… ¡No sé cómo lo ha conseguido, pero lo sabe todo de mí, sabe la verdad!».

Estaba verdaderamente paralizada por el miedo. Winston le había ofrecido, meses atrás, un gran futuro para su cerebro: formaría parte de la élite mundial en muy pocos años. Winston la había convencido de que los cerebros no tienen nacionalidades; solamente categorías. Ella podía elegir entre ser una encantadora muchacha británica dedicada toda su vida a labores burocráticas en cualquier empresa donde jamás alcanzaría ningún puesto verdaderamente importante, o bien, desarrollar su mente de tal modo que se integraría en el reducido grupo de los grandes cerebros mundiales, de los poderosos.

En cualquier parte del mundo donde estuviese, ella sería importante, sería de la gran élite.

La oferta le había parecido en principio una quimera. Luego, después de algunas lecciones y algunas pruebas, comprendió cuantísimo poder se concentraba en su mente; y aún conseguiría más si ella aceptaba las directrices de Winston y se iba perfeccionando continuamente.

¿No era, acaso, fabuloso y plenamente satisfactorio saberse superior a los demás, por encima de ellos, utilizando poderes que los demás ni siquiera sabían que también poseían en mayor o menor grado?

Era como jugar con muñecos…

¡Era el gran poder, en efecto!

Un poder extraordinario. Hasta el punto de que, cuando había estado con Lamont Todd en el apartamento alquilado por este para esconderse, ella había conseguido enviar mentalmente la dirección a Winston. Y había leído en todo momento los pensamientos de

Todd, y los había ido comunicando a su vez, telepáticamente, a Winston… ¡Pobre Lamont! La verdad era que había sido agradable amarlo, es decir, aceptar su amor y corresponderle de tal modo que él no podía dudar del suyo. En absoluto lo había pasado mal con el apuesto espía norteamericano; al contrario, casi había llegado a encariñarse verdaderamente con él. De haber sido una chica vulgar que llevaba una vida vulgar, a buen seguro que habría aceptado casarse con él, o algo así. Pero… ¿qué era el amor, a fin de cuentas, comparado con el gran poder que podría llegar a tener bajo las enseñanzas de Winston?

Sin embargo, ahora, no solo se había quedado sin aquel relativo amor, sino que sabía que estaba en peligro. No sabía cómo Baby había llegado a sospechar de ella, pero sí que en cuanto volviese… le iba a arrancar los ojos con sus propias manos…

Emma Waldon se estremeció. Miró a los dos agentes de la CIA, que estaban con ella, y que se hallaban distraídos, leyendo sendas revistas, con un cigarrillo colgando de los labios.

—Me gustaría dar un paseo —dijo Emma. Inmediatamente, los dos hombres se pusieron en pie.

—Por supuesto, señorita Waldon. La acompañaremos…

—Me gustaría… estar sola unos minutos. Me siento triste, deprimida… Creo que voy a ponerme a llorar otra vez… No me alejaré de la casa, pero, por favor, quisiera estar sola.

Los dos Simones cambiaron una mirada, vacilaron, y por fin uno de ellos asintió.

—Lo comprendemos. Pero no se aleje de la granja.

—No, no… Gracias.

Salió de la casa, dio un lento paseo acercándose al cobertizo donde estaban los dos coches, y, desde la puerta, miró hacia la casa. No vio a nadie que estuviese pendiente de ella. Entró en el cobertizo, fue hacia uno de los coches, y se mordió los labios al ver que no tenía puesta la llave de contacto. Pero el otro sí la tenía… Emma Waldon volvió a mirar hacia la casa. Todo seguía igual. Regresó junto al coche que no tenía puesta la llave de contacto, y procedió a deshinchar los dos neumáticos de atrás. Luego, se puso al volante del otro coche, dio el encendido, miró el indicador del depósito de gasolina, y lanzó un suspiro de alivio.

Segundos después, Emma Waldon salía disparada, y se perdía

rápidamente en la distancia.

9

Sentada en una de las butacas del aeropuerto de Heathrow, Emma Waldon esperaba impaciente. Dentro de muy poco, todos sus problemas se habrían solucionado… Quizá la agente Baby la estuviese buscando ya, movilizando a todos los agentes de la CIA disponibles, pero no llegaría a tiempo.

Con el coche, Emma se había trasladado a Londres, desde donde, sin moverse del coche, que estacionó en una calle discreta, había lanzado su

S. O. S.

mental hacia Winston. Él la había entrenado para eso, la había convertido en una «médium», en una receptora-emisora mental de rapidísimos progresos. Así pues, sabía que, como en las ocasiones anteriores, Winston habría recibido su mensaje, estuviese donde estuviese de Londres. El mensaje decía: «Baby desconfía de mí, tiene proyectado torturarme para saber toda la verdad, así que he tenido que escapar; voy al aeropuerto de Heathrow; prepárelo todo para que pueda marcharme de Inglaterra en avión. Le espero allí…».

Había repetido el mensaje una y otra vez, con una intensidad total, hasta el punto de que había llegado a dolerle la cabeza. Solo entonces, cuando ya no podía «emitir» adecuadamente, y segura de que el mensaje había llegado a destino, Emma había partido hacia el aeropuerto.

Y ahora, desde hacía más de dos horas, estaba esperando la llegada de Winston. Desde el principio, este le había asegurado que no tenía nada que temer, que «ellos» podían resolverle todos los problemas Y eso era lo que estaba esperando Emma Waldon.

La perspectiva de caer en manos de aquella mujer de los ojos azules ponía escalofríos en todo su cuerno… En aquella mujer que se llamaba Brigitte Montfort… Brigitte Bierrenbach Montfort, y que residía en Nueva York. ¿Cómo había llegado ella a saber esto?

Emma no lo sabía de un modo consciente, pero la información había llegado a su cerebro, y allí estaba: la agente Baby se llamaba Brigitte Bierrenbach Montfort, residía en Nueva York, y frecuentemente pensaba en un número… Pensaba en el número uno… ¡Qué entraño! ¿Por qué la espía americana pensaba tanto en el número uno? Pensaba tanto en ese número, que ello había impedido a Emma ir captando otros pensamientos de Baby. Cuando quería penetrar en ellos casi siempre encontraba que la mente de la espía estaba ocupada intensamente con aquel pensamiento: número uno, número uno, número uno…

Pero finalmente, había conseguido perforar aquella especie de coraza mental, después de que ella había telefoneado…, es decir, después de que había recibido aquella llamada telefónica. Y entonces, quizá distraída, dejó de pensar en el número uno y pensó aquello sobre ella, aquello de que le iba a arrancar los ojos…

Los altavoces impartían instrucciones para algunos vuelos, y notificaban la llegada de otros. Emma Waldon miró de nuevo, por milésima vez, uno de los relojes de la sala de espera. El tiempo estaba pasando le parecía que demasiado lentamente… Y de pronto, le llegó el impacto de una llamada mental. Se irguió vivamente, y su mente abandonó todo pensamiento, se convirtió en una esponja para aquella llamada, a la que contestó también mentalmente.

«Estoy aquí… Estoy aquí… Estoy aquí…».

Winston tardó solamente un minuto más en aparecer. Lo hizo caminando lentamente, mirando a todos lados. Emma clavó su mirada con fijeza en el hombrecillo de los negrísimos ojos, y este, que estaba mirando a su alrededor, comenzó a volverse lentamente hacia ella. Sus miradas se cruzaron. Emma parpadeó, por fin. Winston hizo un leve gesto de asentimiento, y comenzó a acercarse a ella, aparentemente distraído. Emma le vio llegar, sin moverse. Winston llegó a una butaca vecina, se sentó, y miró alrededor. Parecía cansado, y Emma lo comprendió: Winston estaba recibiendo demasiadas corrientes mentales, demasiados pensamientos, y el esfuerzo de localizar el de ella lo había agotado. Entre todos aquellos miles de pensamientos que iban de un lado a otro del aeropuerto, había tenido que concentrarse en el de ella, y no debía de haber resultado fácil, desde luego. La mente de Winston debía de ser en aquel momento como una gigantesca olla en la que hubiesen

echado toda clase de ingredientes de lo más antagónicos.

Emma lo miró fijamente, y preguntó:

«¿Ha arreglado lo de mi fuga?».

La mente de Winston contestó:

«Sí. Pronto estará fuera de peligro».

Vio a Winston hundir la mano derecha bajo la axila izquierda Seguramente, iba a proporcionarle documentación y un pasaje en avión a cualquier ciudad del continente.

Pero no.

Lo que Emma vio, por un instante, fue la pequeña pistola, que apuntó en el acto hacia ella. Vio las tres pequeñas pinceladas de lívido tono anaranjado, y notó el primer pinchazo en el pecho, y el segundo… El tercero, fue visto por sus ojos, ciertamente, pero su cuerpo ya no sintió nada. Casi empujándose unas a otras, las tres balas disparadas por Winston penetraron por el lado del seno izquierdo de Emma Waldon, y llegaron a su corazón, provocando su muerte en menos de un segundo. La muchacha apenas se movió. Solo un poco de lado y quedó así, con los ojos muy abiertos, la boca crispada…

Comenzó a brotar sangre de la triple herida, lentamente, suavemente. Pero ya Winston había guardado la pistola y se había puesto en pie, para alejarse de allí, con paso vivo. Parecía que nadie había visto nada, o, cuando menos, nada que causase alarma inmediatamente. Y antes de que la verdad se descubriese, Winston se apresuró a caminar hacia una de las salidas, cada vez más deprisa.

Casi era ya de noche cuando salió al aire libre. Había un aire ligeramente fresco bajo el cielo encapotado. Pero las cuestiones meteorológicas le importaban bien poco a Winston. Había corrido un gran riesgo al acudir al aeropuerto, pero no había tenido más remedio. Su fuga estaba preparada cuando comenzó a recibir la corriente mental de Emma Waldon; fuga que, por supuesto, no podía llevar a cabo dejando a la muchacha a merced de la CIA. Y llevarla con él era demasiado comprometido, molesto, y, sobre todo, innecesario. Si Emma Waldon hubiese conseguido continuar engañando a la CIA, bien. Pero si la CIA la había descubierto, ya no servía de nada. ¡Ya encontraría otros agentes como ella en todo el mundo! En cualquier parte podría encontrar cerebros ávidos de

perfeccionamiento, de poder, de encumbramiento… Sabía que no había nada mejor que ofrecer a un cerebro joven y bien dotado que la posibilidad de formar parte de la élite mundial por medio de la inteligencia. ¿Acaso puede haber poder superior al que está respaldado por la inteligencia, por la potencia mental?

Efectivamente, Winston se sentía bastante agotado, poro ya no le daba importancia. Ya había localizado a Emma Waldon, y la había eliminado.

Ahora, los pensamientos que le rodeaban no le merecían el menor interés.

Hasta que, de pronto, abriéndose paso entre otros miles de pensamientos, de ideas, una llegó, alarmante, a la mente de Winston:

«Te voy a matar».

Se detuvo en seco, y volvió la cabeza. No vio a nadie que pareciese significar una amenaza para él. Quizá ya hubiesen descubierto en el vestíbulo del aeropuerto que aquella muchacha estaba muerta, pero él ya estaba lejos de allí, cerca de su coche, en el estacionamiento…

«Sabía que la encontrarías y que la matarías —llegó el nuevo pensamiento a la mente de Winston—. Si no la hubieses matado tú, la habría matado yo. Pero la he utilizado para encontrarte: ella ha sido mi cebo».

Winston se pasó la lengua por los labios, y fue mirando no ya a su espalda, sino, lentamente, a su alrededor. No parecía que nadie se estuviese fijando especialmente en él, pero una nueva corriente de pensamientos llegó hasta él. Por supuesto, no eran palabras formuladas, no era un «diálogo» formal de mente a mente. Eran sensaciones, conocimientos de los pensamientos de otras mentes, lo que percibía, de un modo vago, nebuloso, pero sin la menor duda explicativo… Las ondas mentales que tenían más fuerza que las demás le «explicaron» que Emma Waldon había escapado porque así se lo habían permitido, y que en su coche llevaba un emisor de señales con el que la habían localizado en todo momento estuviese donde estuviese… Emma Waldon había sido engañada, utilizada como cebo mental para que él acudiese.

¡Y él estaba allí, donde aquel cerebro de primerísima categoría, y que sabía que lo tenía muy cerca, le iba enviando mensajes, en

ondas que parecían como los rizos en un lago, suaves, interminables, más o menos confusos…! Como si su cerebro fuese una esponja, Winston fue empapándose de toda aquella información, por entre otras corrientes que recibía de todas partes, unas cercanas, otras lejanas.

«Te voy a matar».

Winston metió la mano en la axila, en busca de la pistola. En su frente aparecieron unas gotitas de sudor… Sabía ahora que ella estaba allí. Ella, Brigitte Montfort, Baby, estaba allí, muy cerca de él, muy cerca el cerebro de ella del suyo propio, enviándole silenciosamente informaciones y amenazas… Sabía que Brigitte Montfort estaba muy cerca de él, pero… ¿dónde?

En alguna parte, Winston vislumbró un pequeño fogonazo. Pero ya, ni siquiera tuvo tiempo de pensar que era un disparo.

Ya no tuvo tiempo de nada.

Solamente, de morir, cuando la pequeña bala crujió en su frente, llegó al cerebro, y detuvo allí hasta la más insignificante de las funciones vitales. Ya no hubo pensamientos, ni sensaciones, ni poder, ni miedo, ni odio…

No hubo nada.

La maquinaria se había parado para siempre.

Este es el final

Cuando la agente Baby terminó su relato, todavía se notaba en el salón donde se había reunido el Consejo una especie de… frío. Todos los reunidos habían entendido perfectamente la clase de trampa que la espía más peligrosa del mundo había utilizado para cazar a Winston: había enviado sus pensamientos hacia la mente de Emma Waldon, la había asustado, la había puesto en marcha para que Winston acudiese a ella, y entonces, simplemente, había matado a Winston.

El asunto estaba terminado.

¿O no?

—Han quedado ustedes muy silenciosos —dijo la señorita Montfort—… ¿Quizá no han entendido mis explicaciones?

—Sí, sí —se alzó una voz—. Lo hemos entendido todo, por supuesto. ¿Qué más?

—¿Qué más? Pues nada más… Bueno, sí: después de matar a Winston fui a donde esperaba el avión que debía transportar a Lamont Todd y me vine con él. Lamont fue enterrado, y yo, tras presenciar de lejos el sepelio, vine aquí, a la Central. Y ahora, si no tienen nada que decir, regreso a Nue…

—Sí tenemos algo que decir. ¿Usted… se da cuenta de lo que realmente ha pasado?

—Evidentemente. El espionaje se está saliendo de sus cauces «normales», para desarrollarse ahora en medios más sutiles. Está claro que dentro de muy poco, los micrófonos y cositas de esas habrán pasado a la prehistoria del espionaje. Nosotros, los rusos, y seguramente los británicos, y otros, hemos puesto en marcha una nueva promoción de espías que aún me parecen más robots que los anteriores. Dentro de muy poco, nadie podrá pensar en nada, porque sea lo que sea aquello que piense, siempre tendrá cerca a alguien que «recibirá» sus pensamientos, sean cuales sean estos… Si

nuestro presidente, con todos los respetos, está pensando en copular con su esposa, el mensaje llegará muy pronto a cualquier mente del espionaje rival, que enviará el texto a su Directorio: «Presidente USA con deseos sexuales piensa acostarse hoy con su esposa». Pero quizás añada en el informe: «Sin embargo, esposa no aceptará, pues hoy está cansada, y dirá que tiene dolor de cabeza»…

—¿Se está burlando de nosotros?

—Claro que no. ¿Acaso creen que no sucederá así? Sea lo que sea lo que piense nuestro presidente, o su esposa, o ustedes, o yo, alguien recibirá la información. Será como si todos fuésemos gritando a los cuatro vientos lo que nos proponemos. Ya no habrá secretos de ninguna clase, todos sabremos lo que están tramando los demás. Puede que incluso llegue el momento en que el lenguaje sea sustituido por la telepatía. Nuestros cerebros dejarán de ser cajas cerradas, dejarán de ser tesoros privados, para convertirse en materia fácil de manipular por todo el mundo…

—Eso es horrible —exclamó uno de los consejeros.

—Y peligroso —añadió otro.

—Bueno, ustedes lo han puesto en marcha, ¿no es así? —dijo Brigitte—. No tienen derecho a quejarse ahora.

—Es decir, que hemos caído en nuestra propia trampa, ¿no es así, señorita Montfort?

—Así lo creo. Pero no se preocupen demasiado, ya que todos estaremos en las mismas condiciones dentro de poco: cada uno de nosotros ya no será una mente privada y exclusiva, sino parte de un grupo de cerebros que se comunican sus pensamientos, interdependientes. Ningún cerebro podrá pensar algo que los otros cerebros no conozcan enseguida.

—Lo cual, en definitiva, será muy peligroso.

—¿Peligroso? ¿Por qué?

—Porque todos los secretos políticos, económicos, militares, sociales… En fin, de toda clase, serán detectados inmediatamente por nuestros enemigos. ¡Y lo malo es que esto ya no tiene remedio…!

—¿Cómo que no? —Frunció el ceño la divina espía—. ¡Ya lo creo que tiene remedio! ¡Y no uno, sino dos, por el momento!

—¿Ha encontrado usted una solución? —exclamó el presidente del Consejo—. ¿Realmente podremos evitar que nuestros enemigos

entren en conocimiento de nuestros planes por medio de la… lectura de nuestros pensamientos?

—Ya les digo, caballeros, que he encontrado DOS soluciones para que eso no nos preocupe. La primera de ellas consiste en que ningún ser humano ostente jefatura alguna, ni poder decisorio de ninguna clase; tendríamos que hacer las cosas al revés: crear una gran computadora, jefe de cada país, que sería la única en conocer los diversos secretos de dicho país, y que impartiría órdenes aisladas a los hombres que debían cumplirlas. De este modo, cada hombre, al cumplir solo determinada parte de una acción que por sí misma no significaría nada, no podría pensar en nada que le valiese la pena el esfuerzo a los «receptores mentales» enemigos. Solo conocerían pequeñas acciones sin significado propio. Y las decisiones finales, las tomaría la computadora jefe del país, sumando los cientos de pequeñas acciones de sus súbditos. Y claro está, todos sabemos que es imposible leer el pensamiento de una computadora. Así, todos nuestros secretos estarían bien guardados.

—Pero eso… nos convertiría a todos en robots al servicio de una computadora gigante.

—Evidente e inevitablemente —sonrió secamente Baby.

Hubo unos segundos de silencio. Por fin, una voz preguntó:

—¿Y cuál es su segunda solución?

—Gracias por preguntar. Supongamos… Sí, supongamos que el Presidente de Estados Unidos está deseando acostarse con su esposa, y que ese proyecto llega a oídos del presidente de otro país… ¿Qué creen ustedes que haría ese otro presidente?

—Usted debe de saberlo, según parece.

—Creo saberlo. Pues bien, yo pienso que ese otro presidente pensaría:

«¡Caramba, que buena idea ha tenido ese muchacho de la Casa Blanca! ¡Voy yo también a buscar a mi esposa, para el mismo juego!». Consecuencia de esto sería que dos parejas presidenciales, y hasta mucha gente que habría captado esas ondas mentales, pasarían un rato estupendo, y asunto terminado. Pero supongamos que nuestro presidente pensase: «Voy a tirarles unas cuantas bombas de neutrones a los rusos»… ¿Qué creen que harían los rusos? Lógicamente, se apresurarían a tirarle también unas cuantas bombas a Estados Unidos. ¿No es así?

—Sin duda. Pero no vemos adónde quiere usted ir a parar…

—Pues es muy fácil, caballeros: piensen todos en el amor, en el sexo, en la comida, en la felicidad, en la amistad, en la prosperidad mutua, en la sinceridad, en la salud mundial, y todas las cosas positivas que hay en el mundo, y esos serán los mensajes que recibirán las otras personas…, las cuales, a su vez, corresponderán con idénticos pensamientos positivos. No se mientan unos a otros, no se ataquen, no se odien, no se envidien, no se teman, no se ofendan unos a otros. Impulsen hacia los demás pensamientos de amor y generosidad, y no solo ya no tendrá importancia que los otros conozcan sus pensamientos, sino que les corresponderán con otros idénticos, y con agradecimiento. Si todo lo que pensamos y hacemos es bueno…, ¿qué importa que los demás lo sepan? Así pues, hagamos en nuestra vida solamente las cosas buenas. Es muy simple, en definitiva: ¿hacemos el amor o hacemos la guerra?

Nadie contestó. El silencio fue total. Y tan prolongado, que Brigitte Montfort se puso en pie, recogió su maletín, y se dirigió a la salida del gran salón del consejo.

La agente número uno de la nueva promoción de espías, ya no tenía nada más que decir.

FIN

Notas

[1] «Europa», jefe de los servicios de la CIA en Europa, es un personaje que ha aparecido en otras aventuras de Baby. Un sofisticado, frío, cerebral e implacable jefe continental de la CIA al que Brigitte conoció años atrás, en su aventura titulada *Operación «Estrellas»*. Es el coordinador de todo el mecanismo del espionaje norteamericano en el continente europeo. <<

[2] Véase la aventura titulada *Asamblea mortal*. <<

[3] Véase la aventura titulada *Operación «Estrellas»*. < <

[4] Véase la aventura titulada *Los tambores de Apolinar*. <<